

LA BIBLIA

LIBRO DEL PUEBLO DE DIOS



verbo divino

LA BIBLIA

Libro del Pueblo de Dios

verbo divino

CONTENIDO

Presentación	XI
Abreviaturas y referencias bíblicas	XV
La «Lectio divina» o lectura orante de la Biblia	XVII
Del Antiguo al Nuevo Testamento	XXV

ANTIGUO TESTAMENTO. EL LIBRO DE LA ANTIGUA ALIANZA

La Ley (El Pentateuco)

Génesis	7
Éxodo.....	80
Levítico	142
Números	186
Deuteronomio	246

Los Profetas

La historia profética

Josué	309
Jueces	350
Primer libro de Samuel	390
Segundo libro de Samuel	430
Primer libro de los Reyes	462
Segundo libro de los Reyes	505

Las colecciones proféticas

Isaías	549
Jeremías	635
Ezequiel	712
Oseas	786
Joel	800
Amós	807
Abdías	818
Jonás	821
Miqueas	825
Nahum	834
Habacuc	839
Sofonías	844
Ageo	850

Zacarías	854
Malaquías	869

Los demás escritos

Escritos incluidos en el Canon hebreo

Salmos	881
Job	1079
Proverbios	1143
Rut	1193
Cantar de los Cantares	1198
Eclesiastés	1207
Lamentaciones	1225
Ester	1238
Daniel	1256
Esdras	1294
Nehemías	1307
Primer libro de las Crónicas	1326
Segundo libro de las Crónicas	1365

Escritos «deuterocanónicos»

Judit	1413
Tobías	1436
Primer libro de los Macabeos	1456
Segundo libro de los Macabeos	1502
Sabiduría	1534
Eclesiástico	1572
Baruc	1659
Carta de Jeremías	1670

Ester: suplementos griegos (véase p. 1238)

Daniel: suplementos griegos (véase p. 1256)

NUEVO TESTAMENTO. EL LIBRO DE LA NUEVA ALIANZA

Los evangelios

Evangelio según san Mateo	1681
Evangelio según san Marcos	1759
Evangelio según san Lucas	1798
Evangelio según san Juan	1863

Hechos de los Apóstoles	1923
--------------------------------------	------

Las cartas apostólicas

Cartas paulinas

Carta a los Romanos	1977
Primera carta a los Corintios	2004

Segunda carta a los Corintios	2025
Carta a los Gálatas	2038
Carta a los Efesios	2047
Carta a los Filipenses	2057
Carta a los Colosenses	2067
Primera carta a los Tesalonicenses	2075
Segunda carta a los Tesalonicenses	2083

Cartas pastorales

Primera carta a Timoteo	2094
Segunda carta a Timoteo	2106
Carta a Tito	2113
Carta a Filemón	2119
Carta a los Hebreos	2123

Cartas «católicas»

Carta de Santiago	2148
Primera carta de san Pedro	2159
Segunda carta de san Pedro	2168
Primera carta de san Juan	2173
Segunda carta de san Juan	2184
Tercera carta de san Juan	2186
Carta de san Judas	2188

Apocalipsis	2193
--------------------------	------

APÉNDICES

Guía litúrgica de lecturas	2231
Cronología bíblica	2239
Mapas	2253

AUTORES, EDITORES Y COLABORADORES

La Biblia. Libro del Pueblo de Dios

Dirección editorial

Guillermo Santamaría de Pando y Adam Peter Grondziel Richter

Conceptualización de la presente obra, redacción y revisión de nuevos materiales

Mons. Armando J. Levoratti

Coordinación técnica de la edición

María Puy Ruiz de Larramendi y Regino Etxabe Díaz

Del texto bíblico

La Biblia. Libro del Pueblo de Dios contiene la traducción del texto bíblico (hebreo, arameo y griego) de Armando J. Levoratti y Alfredo B. Trusso, aprobada por la Conferencia Episcopal Argentina presentada bajo el título *El Libro del Pueblo de Dios. La Biblia* (1ª edición, mayo 1981).

Colaboraron en la traducción del Nuevo Testamento

Mateo Perdía, C.P., Orlando Aprile, Julián Falcato y Estela Picasso

Colaboraron en la traducción de los Evangelios

Rosa Falcato, Lucy Juritz, Luisa Peredo, María C. Teglia y Hayddé Uthurralt

De los textos complementarios

Colaboraron en la elaboración de introducciones y notas al Antiguo Testamento

Armando J. Levoratti, Pablo R. Andiñach, Eduardo Arens, Darío Barolín, Iris Barrientos, Mercedes García Bachman, Enrique Ramírez Kidd, Edesio Sánchez, Esteban Voth

Selección de textos paralelos

José Pérez Escobar

Cronología bíblica

Rocío García Garcimartín

PRESENTACIÓN

La traducción

La nueva edición de la Biblia que presentamos tiene tras de sí un largo recorrido protagonizado por sus autores, Armando J. Levoratti y Alfredo B. Trusso, que comenzó con la primera traducción de los textos originales (hebreo, arameo y griego) realizada en el español de Iberoamérica y destinada a los pueblos de habla hispana. Esta traducción de la Biblia, editada por primera vez con el título de *El Libro del Pueblo de Dios. La Biblia*, encontró una excelente acogida por las comunidades cristianas y varios episcopados latinoamericanos, que la adoptaron como versión oficial para la liturgia de la Iglesia Católica (Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay). Así, gracias a la enorme labor de difusión de la Fundación Palabra de Vida, los creyentes tuvieron a su disposición una traducción de calidad con un lenguaje que les era cercano, lo que facilitaba su acercamiento a los textos sagrados.

El logro de una traducción que conjugara la fidelidad a las fuentes con la fluidez del español de esa área idiomática ha sido fundamental en la gran aceptación de la traducción de la Biblia que se emplea en la edición que ahora presentamos. Levoratti y Trusso no solo quieren ser fieles a la letra hebrea y griega de los originales, que conocen con el rigor y la exigencia propias de los grandes especialistas, sino que también quieren articularla en la fidelidad a la sensibilidad cultural y espiritual de sus destinatarios, manteniendo con maestría, audacia y elegancia la tensión que inevitablemente existe en este tipo de proyectos, donde la letra y el espíritu pueden oponerse o bien encontrarse en una relación armónica en el que nada se sacrifica, salvo los autores, que se humillan positivamente para dejar de ser protagonistas y convertirse en diáfanos transmi-

sores de un mensaje del que no son propietarios ni en su origen ni en su destino.

En el momento de su primera publicación, aquella edición de la Biblia (*El Libro del Pueblo de Dios. La Biblia*) fue calificada como «un tesoro de la lengua española... un texto español bellissimo y con notable profundidad exegética». Ciertamente, desde el punto de vista de la lengua, la traducción es impecable. Exquisitamente cuidada, ofrece un texto que, sin perder la hondura teológica y estética de los originales o de otras versiones en lengua española, es fácilmente legible y asequible para el lector medio. Incluso una lectura de superficie deja traslucir el enorme esfuerzo realizado por Armando J. Levoratti y Alfredo B. Trusso para lidiar con la lexicografía y la semántica de las lenguas originales y de la lengua receptora, y lograr así el equilibrio semiótico objeto de todas sus fatigas; a saber, que se entienda el significado, y que este resulte verdaderamente significativo para el lector contemporáneo.

La novedad de esta edición

No obstante, en el caso de textos antiguos en general, y especialmente en el caso de la Biblia, es necesario ir más allá de una buena traducción; es decir, es fundamental dotar a esta de notas explicativas que ayuden al lector actual a ubicar el texto bíblico en su «contexto», para que, entendiendo la intención y el significado originales, evite dos peligros siempre al acecho: el peligro del literalismo, origen de los fundamentalismos, y el peligro de la arbitrariedad, origen de todo tipo de manipulación.

En esta perspectiva, debemos entender el ingente esfuerzo realizado por Armando J. Levoratti por dotar a esta traducción de un gran aparato de notas explicativas, que contribuyen eficazmente a una contextualización his-

tórica, literaria y teológica de los textos originales. Estas notas ponen de relieve una vasta erudición recogida de las mejores y más recientes investigaciones bíblicas, propias y de otros especialistas, y una admirable capacidad de síntesis que facilita al lector el acceso al significado original para que se oriente mejor en su recepción actual. Podemos afirmar con seguridad que el lector se encontrará en *La Biblia. Libro del Pueblo de Dios* con una galería de notas que constituye una verdadera enciclopedia, compendiada, de ayuda directa e inmediata, pues están colocadas a pie de página, para comprender de forma seria y rigurosa el texto que afronta en su lectura.

Las notas oscilan entre la aclaración breve de un término ambiguo o en ocasiones, por desconocimiento o por una persistente errónea lectura, no correctamente entendido, hasta el comentario compendiado de toda una perícopa o de sus partes o elementos más relevantes. El autor ha tenido muy en cuenta los tres pilares en los que se fundamenta una lectura correcta de la Sagrada Escritura en la perspectiva de la tradición católica: la historia, la literatura y la teología. La contextualización histórico-literaria y el significado teológico de cada pasaje bíblico, en efecto, son fundamentales para entender el texto original y así encontrar el camino hermenéutico pertinente para revivirlo y volver a plantearlo como respuesta eficaz a las inquietudes y las cuestiones que surgen actualmente.

La presente edición ofrece también un buen aparato de textos paralelos o de referencias directas e indirectas que informan al lector de la intertextualidad que ya existe dentro de la misma Biblia. Cotejado este aparato con el de otras numerosas versiones actuales, percibimos el fatigoso esfuerzo de seleccionar las más relevantes y fructíferas para que el destinatario pueda fácilmente relacionar los textos bíblicos entre sí y hacerse un camino propio con textos que llaman a otros textos. De este modo, el lector actual podrá percibir la pluralidad de voces que contribuyen a la verdadera sinfonía de la Palabra divina que resuena en cada veta preciosa de la hermosa montaña bíblica.

Un aporte a la pastoral

Con una doble mirada hacia el origen y hacia la actualidad, Armando J. Levoratti presenta un esmerado trabajo de exégeta católico que facilita el acceso a la Biblia para un buen provecho en todos los campos de la actividad pastoral de la Iglesia. Quienes se dedican a la actividad catequética de la iniciación cristiana encontrarán unos recursos de fácil comprensión para orientar adecuadamente a sus destinatarios en el mensaje salvífico, especialmente en cuanto al Antiguo Testamento se refiere, porque, consciente del problema que a muchos cristianos le plantea esta gran primera y más extensa parte de la Biblia cristiana, el autor no deja de remitir a pasajes del Nuevo Testamento en los que se vislumbra con claridad la continuidad y complementariedad de la historia de la salvación culminada en Cristo, pero preparada, e incoada, en la misma historia de su pueblo.

Asimismo, las notas satisfacen también las exigencias críticas y la curiosidad intelectual de jóvenes y adultos, creyentes o no. La mejor respuesta, sin duda, a cualquier objeción hecha al texto bíblico es un buen comentario que lo contextualiza histórico-literariamente y le da un significado «teo-lógico» históricamente admisible, razonablemente plausible y existencialmente rico de significados, como documento que es digno de tener en cuenta para vivir una vida valiosa. El lector podrá encontrar, efectivamente, en el aparato de las notas una buena «biblioteca» para tomar apuntes y elaborar programas bíblicos adecuados en el ámbito de la pastoral juvenil y de adultos.

Al no obviar el criterio de la relevancia teológica del texto bíblico, el autor, a veces explícitamente y otras implícitamente, orienta hacia la experiencia de contacto «vivencial» con la Palabra siempre actual de Dios, construyendo así los prolegómenos necesarios para una fecunda existencia cristiana que es vivificada por la Palabra de vida. La espiritualidad cristiana o es de raigambre bíblica o sencillamente no es cristiana. Numerosas notas ayudan a dar este paso adelante, y el lector se siente abierto a la experiencia de un auténtico diálogo que, desde el propio texto bíblico, se entabla entre

Dios, autor de la Escritura, y el propio individuo (comunidad).

En esta perspectiva, claramente teológico-espiritual, encontramos en las notas un «vademécum» para la iniciación en la *lectio divina*, sobre todo para sus dos momentos primeros: la *lectio* y la *meditatio*. En efecto, son suficientemente ricas como para suministrar una explicación sucinta del texto, que, posteriormente, desde el mismo texto, y teniendo en cuenta las notas, puede convertirse en la meditación, en la reflexión, que desembocará en la oración, con las palabras del texto objeto de la *lectio* o con las palabras de otros textos que se recuerdan en el comentario, o bien con el abundante surtido de paralelos y referencias cruzadas que se encuentran ubicadas debajo de las notas.

Los animadores de grupos bíblicos y los presbíteros, para sus homilias especialmente, encontrarán también un gran provecho, sin tener que consultar una bibliografía a la que, sobre todo, por falta de tiempo, no siempre puede recurrirse. En las notas descubrirán lo

fundamental sobre cada pasaje bíblico, plenamente actualizado según los criterios de las ciencias bíblicas y de la teología católica, para llevar a cabo la labor a la que están destinados; que la Palabra de vida se encarna continuamente en el cuerpo viviente del creyente, de la comunidad y de la sociedad.

Una edición completa

En definitiva, con la reconocida traducción de Armando J. Levoratti y Alfredo B. Trusso, las introducciones claras a cada libro de la Biblia, las abundantes notas explicativas y los comentarios bien orientados, la selección meticulosa de paralelos y referencias intertextuales, y la cuidada presentación de todos estos aportes, podemos estar seguros de ofrecer una edición muy completa de la Biblia, una cima importante desde la que el lector (individuo, comunidad, sociedad) podrá vislumbrar el horizonte siempre esperanzador de la común y universal Tierra prometida por el Creador del universo a todos los pueblos de la Tierra.

Editorial Verbo Divino

Referencias bíblicas

Los libros de la Biblia se dividen en *capítulos* y estos, a su vez, en *versículos*. Esta división no pertenece desde luego a los textos originales, sino que fue introducida muy posteriormente por razones de orden práctico.

De hecho, para citar un texto, se indica la abreviatura del Libro correspondiente, el o los capítulos en que se encuentra y el o los versículos que abarca. Damos algunos ejemplos:

- *Gn 1,25* significa: Libro del Génesis, capítulo 1, versículo 25.
- *1 Re 2,19-25* significa: Primer libro de los Reyes, capítulo 2, desde el versículo 19 hasta el 25.
- *Sal 23,1-4.6* significa: Salmo 23, desde el versículo 1 al 4 y versículo 6.
- *Mt 5,3.6.9* significa: Evangelio según san Mateo, capítulo 5, versículos 3, 6 y 9.

- *Rom 4,18-5,2* significa: Carta a los Romanos, desde el capítulo 4, versículo 18, hasta el capítulo 5, versículo 2.

- *Ap 5,1-5; 8,1-6* significa: Libro del Apocalipsis, capítulo 5, desde el versículo 1 al 5 y capítulo 8, desde el versículo 1 al 6.

En Abdías, la carta de Jeremías, la carta a Filemón, la 2ª y 3ª cartas de Juan y la carta de Judas, se citan solamente los versículos.

En esta edición se han incluido *referencias cruzadas*, que muestran citas de la Biblia relacionadas. Por ejemplo, en el libro del Génesis: ≈ **1,1-2,4**. 2,4b-25; Job 38-39; Sal 8; 104; Eclo 43; Prov 8,22-31: El texto comprendido entre el capítulo 1, versículo 1, y el capítulo 2, versículo 4 (cita marcada en letra negrita), tiene alguna relación con las citas mencionadas a continuación.

LA «LECTIO DIVINA» O LECTURA ORANTE DE LA BIBLIA

La «Lectio divina» es practicable por toda persona que quiera encontrarse con el Señor en su Palabra. Quien ha recorrido efectivamente los caminos de la «Lectio» ha podido experimentar, personalmente y en comunidad, cómo esta forma de lectura bíblica constituye un factor poderoso en la renovación y dinamización de la propia vida espiritual.

La Sagrada Escritura es «la gran Carta» enviada por el Padre a sus hijos que peregrinan en el mundo y con quienes se mantiene en comunión mediante el Espíritu Santo (cf. *Dei Verbum*, 21). Su «Palabra es Vida» para toda la humanidad y para cada persona en particular. Al leer la Biblia bajo la guía del Espíritu Santo, descubrimos que la Palabra de Dios se encarna no solamente en las épocas pasadas, sino también en el día de hoy, para estar con nosotros y ayudarnos a enfrentar nuestros problemas y a realizar nuestras esperanzas: ¡*Ojalá escucháramos hoy su voz!* (Sal 95,7).

En la visión de los Santos Padres, toda la Biblia nos habla de Cristo y conduce a él. «Toda la Sagrada Escritura constituye un solo Libro, y este Libro único es Cristo, porque toda la divina Escritura nos habla de Cristo y se realiza en Cristo» (Hugo de San Víctor, *De Arca Noe*, 8). Ignacio de Antioquía († 110), en su *Carta a los Filadelfios* (5,1), hablaba igualmente del Evangelio «como de la carne de Jesús». San Jerónimo († 419) escribe en su *Comentario al Eclesiastés* (1,13): «Comemos el cuerpo y bebemos la sangre de Cristo en el misterio (de la Eucaristía), pero también en la lectura de las Escrituras». Y a continuación añade: «Pienso para mí que el Evangelio es el cuerpo de Cristo». Por eso él ha podido forjar su célebre frase: «Quien desconoce las Escrituras ignora a Cristo» (*Comm. in Isaiam* 1).

Otro aspecto importante, que no debe perderse de vista en la práctica personal y comunitaria de la Lectio divina, es que la Biblia es el Libro de la Iglesia, comunidad de fe. De ahí la necesidad de leer la Sagrada Escritura desde el interior del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Este enfoque eclesial se acentúa todavía más cuando la búsqueda se realiza en común, ya que así se pone de manifiesto el sentido eclesial de la Palabra y se fortalece la participación en una misma fe.

Al comunicarnos la Palabra de Dios, la Escritura nos hace penetrar en la vida, en la voluntad y en el pensamiento de Dios. Al mismo tiempo, nos invita a convertirnos en «servidores de la Palabra», en ministros suyos, que no la guardan para sí como un tesoro escondido, sino que se muestran siempre dispuestos a compartirla con sus hermanos.

El concepto de «Lectio divina»

La «Lectio» no es una mera «lectura espiritual» y, menos aún, un estudio de carácter puramente exegético o intelectual. *Lectio y divina* son dos términos que apuntan conjuntamente a un encuentro dialogal entre Dios que «habla» y la persona que «escucha». Así se establece entre ambos esa comunicación de amor que es una de las características esenciales de la Revelación divina: «... el Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tim 1,17), llevado por su gran amor, habla a los seres humanos como a amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,12-15)... para invitarlos a entrar en comunión con él...» (DV, 2).

La Lectio busca en la Escritura más el «sabor» que la «ciencia», con la convicción de que el «gozo» de la Palabra divina abre la puerta a una comprensión más íntima y profunda

de la verdad. De ese modo el mensaje de la Biblia se acoge con «el oído del corazón» (*in aure cordis*) y se lo saborea con «el paladar del corazón» (*palatum cordis*), según una expresión atribuida a san Gregorio Magno.

La Lectio tiene que hacerse asimismo desde la fe en la Palabra de Dios. En este punto sirven de ejemplo los habitantes de Tesalónica que oyeron por primera vez la predicación de Pablo y la recibieron, *no como palabra humana, sino como lo que es realmente, como Palabra de Dios que actúa en los que creen* (1 Tes 2,13).

La lectura orante de la Biblia se mantuvo viva durante siglos en la tradición monástica. Junto con la liturgia y el trabajo cotidiano, el tiempo dedicado a la Lectio divina marcaba el ritmo de la vida monacal. Pero este verdadero regalo de Dios no está reservado exclusivamente a una minoría selecta o a un grupo particular, sino que es patrimonio de toda la Iglesia y de todos los creyentes. Todos, en efecto, estamos llamados a descubrir por medio de la Escritura las profundidades del amor de Dios.

Más aún, es difícilmente concebible una verdadera renovación de la Iglesia «sin una escucha renovada de la Palabra de Dios». De ahí la necesidad de un encuentro vital con la Palabra, «según la antigua y siempre nueva tradición de la *Lectio divina*, que permite descubrir en el texto bíblico la palabra viva que interpe-la, orienta y modela la existencia» (*Tertio millennio ineunte*, 39).

Los pasos de la «Lectio divina»

Entre los escritos de Guigo II, que desde 1173 hasta 1180 fue prior de la Gran Cartuja, cerca de Grenoble (Francia), se encontró una preciosa *Carta sobre la vida contemplativa*, en la que él describe las «cuatro gradas» de la «escale-ra espiritual» (*Scala claustralium*), como medio adecuado para hacer una «lectura orante» espiritualmente provechosa: *lectio, meditatio, oratio, contemplatio*. Guigo parte de la propia experiencia y propone estas cuatro «etapas» como un medio para lograr una *Lectio* vital y profunda. No son «técnicas de lectura» sino fases de un proceso dinámico, destinado a encarnar la Palabra de Dios en la vida. En el fondo, son cuatro actitudes permanentes que

coexisten y actúan juntas, aunque con intensidades diferentes conforme al grado en que se encuentra la persona.

Según el monje cartujo, «la lectura (primer grado) consiste en la observación (*inspectio*) atenta de las Escrituras con aplicación del espíritu. La meditación (segundo grado) es una acción penetrante de la mente a fin de obtener, como ayuda de la propia razón, el conocimiento de la verdad revelada. La oración (tercer grado) es un entretenerse en Dios con el corazón, pidiendo que aparte de nosotros los males y nos conceda el bien. La contemplación (cuarto grado) es una cierta elevación del alma a Dios, conducida por encima de la misma y degustando las alegrías de la eterna dulzura». De este modo, «la *lectio* representa el alimento sólido; la *meditatio*, la masticación; la *oratio*, el saboreo; y la *contemplatio* es el sabor mismo».

Estas cuatro etapas se reducen prácticamente a dos momentos esenciales: la *lectura* atenta y religiosa de la Biblia, que nos lleva a escuchar la voz del Padre celestial, y la *respuesta* de la persona a través de la fe, la oración y la acción. Esta respuesta es adoración y alabanza a Dios por su grandeza y bondad, celebración de sus maravillas salvíficas, adhesión a la voluntad divina, súplica de intercesión, pedido de perdón y testimonio de vida.

1. La Lectura

La lectura tiene que familiarizarnos con el texto bíblico hasta tal punto que la Palabra de Dios se vuelva palabra *nuestra*. Esta escucha silenciosa es una «sintonía» con la presencia de Dios en su Palabra. No se trata de una simple lectura para informarnos de algo. Lo esencial es dejar que el Señor nos hable y recibir su Palabra con un espíritu de adoración y de respetuosa acogida. La Palabra que Dios nos dirige es un desborde de vida divina, de luz y de amor. Y la palabra que surja lentamente en el silencio de nuestros corazones tiene que ser una respuesta espontánea a la Palabra de Dios que nos sale al encuentro.

Esta lectura ha de hacerse con todo nuestro ser: con el cuerpo, ya que es conveniente pronunciar las palabras con los labios; con la

memoria que las fija; con la inteligencia que penetra su sentido.

Por eso, al leer las Escrituras hay que tener presente la experiencia que vivió Elías en la montaña de Dios, cuando el profeta oyó la Palabra de Yahvé, no en el viento huracanado, ni en el fragor del terremoto, ni en el fuego abrasador, sino en *el rumor de una brisa suave* (1 Re 19,12).

2. La Meditación

La meditación es un proceso de «apropiación» personal del texto. Una vez que la lectura nos llevó a descubrir el pasaje bíblico en su realidad objetiva, la meditación es una especie de «masticación» y «digestión» de la palabra a fin de asimilarla mejor. La imagen del animal que «rumia» su alimento se usaba en la antigüedad como símbolo del creyente que medita la Palabra de Dios.

Lo importante es lograr que la Palabra de Dios pase de la cabeza al corazón. Un método sencillo y comprobado en una tradición religiosa secular es la práctica del «mantra», es decir, la incesante repetición, a lo largo del día, de una frase o palabra que resume la sustancia de la lectura bíblica. Así la Palabra llegará a penetrar en nosotros como una espada de doble filo (Hebreos 4,12), ya que el agua que cae incesantemente sobre la roca termina por agujerearla.

La meditación procura al mismo tiempo descubrir el mensaje que la Palabra nos trae *hoy*. En esta búsqueda de «actualización», el punto de partida es nuestra situación presente. A partir de esta situación interrogamos al Libro sagrado, tratando de encontrar en él una luz que ilumine nuestros pasos. De este modo, el texto es traído hasta nuestra existencia concreta, tanto personal como comunitaria.

En esta etapa de la *Lectio* el modelo por excelencia es María, tal como la presenta Lucas en su evangelio de la infancia: Ella *conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón* (Lc 2,19; cf. 2,51b).

3. La Oración

La oración es la respuesta suscitada en nosotros por la Palabra que Dios nos dirige. Él toma la iniciativa de hablarnos (cf. Dt 4,12), *porque*

nos amó primero (1 Jn 4,10.19), y la respuesta llega en forma de adoración, acción de gracias, súplica y alabanza. Esta oración alcanza su dimensión más profunda cuando nace de la experiencia de nuestra pobreza y de los problemas reales de la vida, y cuando se transforma en actitud permanente de vida, más allá de los momentos dedicados a la Lectio.

Como dice san Juan Crisóstomo († 407), esta oración o diálogo con Dios «es un bien incomparable que nos pone en comunión íntima con el Señor (...) Pero no es solo en el momento concreto dedicado a rezar cuando debemos elevar nuestro espíritu a Dios; también es necesario conservar siempre viva la aspiración y el recuerdo de Dios en medio de las más variadas tareas, a fin de que todas nuestras obras, condimentadas con la sal del amor de Dios, se conviertan en alimento agradable al Señor...» (*Homilía 5, De precautionone*).

Con frecuencia, la oración llega acompañada de sentimiento de penitencia y de llamados a la conversión y a un sincero cambio de vida (cf. Hch 2,37s), que la tradición monástica designa con el término «compunción». Cuando penetra hasta lo más íntimo del ser, la Palabra posee una capacidad de juzgar y sentenciar, y nos obliga a tomar una decisión que no admite ningún falso compromiso o simulación. Por eso, es natural que esto suceda en toda persona que se pone en sintonía con la Palabra viva del Señor. También hay que estar atento a las mociones del Espíritu, porque la Palabra de Dios puede exigirme *hoy* algo que no exige siempre.

En el momento de orar, nos amenazan constantemente el cansancio y la aridez espiritual. En tales momentos es preciso recordar que cuando oramos nunca estamos solos. El Espíritu Santo está en nosotros. Él ora en nosotros y quiere que nos dejemos sostener y llevar por él.

4. La Contemplación

En este cuarto paso, la experiencia de Dios se intensifica y profundiza. Fijamos nuestra mirada y nuestro corazón en Dios y vemos la realidad a la luz de su Palabra. Así aprendemos a «pensar conforme a Dios» (cf. Mt 16,23) y a

interpretar cada situación según «el pensamiento del Señor» (cf. 1 Cor 2,16). La realidad se vuelve diáfana y vislumbramos y saboreamos en todo la presencia viva, amorosa y creativa de Dios (cf. Salmo 104).

La *contemplatio* contiene en sí la *operatio*. La Palabra de vida da la vida eterna cuando se la practica y se la experimenta en la acción. Esta experiencia cotidiana ayuda a su vez a comprender más profundamente la Palabra de Dios. San Ambrosio († 397) lo resume así: «La Lectio divina nos lleva a la práctica de las buenas obras. Del mismo modo que la meditación de las palabras tiene como fin su memorización, para que nos acordemos de dichas palabras, así también la meditación de la Ley, de la Palabra de Dios, nos hace volcarnos a la acción y nos impulsa a actuar».

En una palabra, la contemplación no solo acoge y medita el mensaje, sino que también lo realiza. No separa los dos aspectos: dice y hace, enseña y anima, ilumina y da fuerza. Por otra parte, la *contemplatio* ya permite saborear algo de la alegría y el gozo que Dios concede a las personas que lo aman (cf. 1 Cor 2,9). Ella nos introduce en una conversación tranquila con Dios, sin otro deseo que estar y permanecer a su lado. Esta presencia y esta proximidad se van haciendo cada vez más silenciosas, como en un paseo entre amado y amante, cuando, en cierto momento, tras el diálogo y la alegría del reencuentro, se quedan sencillamente el uno junto al otro. Ya no se pronuncian palabras, apenas hablan los ojos y el corazón. Así, siempre más cerca de Dios, se conoce en profundidad su pensamiento, se presenta claramente su corazón en el texto y se abandona a él.

A través de la *Lectio* el oyente debe preguntarse a sí mismo: ¿Cómo es que mi vida, mi actividad, mi apostolado, se vuelven de hecho «Palabra de Dios», a la luz de la Palabra de Dios definitiva que es Jesucristo, misteriosamente presente en la Escritura? Por eso, la Lectio sitúa nuestra fe en el ritmo de lo cotidiano, en el servicio diario al Reino, teniendo tres impulsos particularmente significativos:

– La *discretio*, o sea, la capacidad adquirida en el Espíritu para acoger en la vida lo que es conforme al Evangelio y rechazando lo que le

es contrario. Es el discernimiento para que conozcamos la voluntad de Dios en situaciones concretas.

– La *deliberatio*, o sea, la selección consciente de aquello que corresponde a la verdad de la Palabra de Dios, oída con amor y asimilada con fe.

– La *actio*, o sea, el actuar consecuente dentro de un comportamiento «según Dios»: un estilo-de-vida que traduce vitalmente nuestra «experiencia de Dios».

Podemos resumir este itinerario de la forma siguiente:

1) Leer y releer hasta comprender en profundidad lo que está escrito.

2) Repetir de memoria, si es posible en voz baja, lo que fue leído y comprendido, y rumiarlo hasta que pase de la cabeza y de la boca al corazón y hasta que penetre en el ritmo de la propia vida.

3) Responder a Dios en la oración y pedirle que nos enseñe a practicar lo que nos pide su Palabra: ¡*Muéstranos, Señor, tus caminos!*

4) Dejar que esta nueva luz en los ojos nos haga mirar el mundo de manera distinta. Con esa luz en los ojos, se empieza de nuevo a leer y a repetir, en un proceso que siempre se reitera, pero que nunca se repite de manera igual y que no termina nunca.

La invocación al Espíritu Santo

Es absolutamente imprescindible invocar al Espíritu Santo en el momento de iniciar la «lectura orante», porque el acceso a la Palabra de Dios es, antes que nada, un don del Espíritu. Simeón, el Nuevo Teólogo († 1022), no duda en decir que «la Palabra solo se vuelve fecunda cuando el Espíritu de Dios anima a la persona que la lee». San Gregorio Magno († 604) afirma categóricamente: «Quien no recibió su Espíritu no puede en modo alguno entender sus palabras» (*Mor.* 18,39.60). Y Orígenes († 253) aclara que para leer con provecho la Biblia es ciertamente indispensable un esfuerzo de atención y de asiduidad; pero hay cosas que no podemos conseguir con nuestro propio esfuerzo y que debemos pedir en la oración, ya que «es absolutamente necesario orar para comprender las cosas divinas».

El Espíritu Santo vivifica la letra, suscita el gusto secreto que nos pone en armonía con lo leído y nos permite responder con la oración y con toda la vida a la Palabra del Padre. Él es además el verdadero maestro de oración. Ante todo, porque solamente él puede darnos el sentimiento profundo de nuestra filiación divina, como lo enseña san Pablo: *Ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios «Abba» (Papá). El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Rom 8,16-17). Y la prueba de que ustedes son hijos es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo «Abba» (Papá). Así, ya no eres más esclavo, sino hijo, y por lo tanto, heredero por la gracia de Dios (Gal 4,6).*

Esta palabra «¡Abba!», cuando brota realmente de lo más íntimo del corazón, resume toda la oración cristiana, y no es otra cosa que la voz del Hijo de Dios suscitada y avivada en nosotros por el Espíritu Santo.

Por otra parte, la auténtica oración no es fruto de una técnica puramente humana. Como también lo enseña san Pablo, por nosotros mismos, librados a nuestras propias fuerzas, somos incapaces de orar como es debido. Pero el Espíritu Santo *viene en ayuda de nuestra debilidad*, nos da la fuerza que nos falta e *intercede por nosotros con gemidos inenarrables* (Rom 8,26). La oración es obra del Espíritu en nosotros. Orar es abrirnos a la acción del Espíritu, dejarnos iluminar, educar y conducir por él.

Dos modalidades de la «Lectio»

La «lectura orante» personal

Hecha individualmente, la Lectio lleva a un encuentro íntimo y personal con la Palabra de Dios. Para lograrlo, se requiere un contacto frecuente con el texto de la Escritura, de modo que por la respuesta de fe, esperanza y amor el mensaje divino se convierta en llamada para mí y «suceda conmigo».

Aunque la Lectio divina es eminentemente «activa», también puede llamarse «pasiva», en cuanto que consiste en abandonarnos a Dios, en dejar que resuene en nosotros la voz divi-

na que nos habla y en permitir que su Palabra, por la acción del Espíritu Santo, lleve a cabo su obra en nosotros.

La «lectura orante» en la comunidad de fe

El aspecto comunitario y fraternal de la oración es característico de la vida cristiana desde sus orígenes. Jesús recomendó la oración personal, realizada en el silencio y la soledad: *Cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto* (Mt 6,6). Pero él no se contenta con recomendar la oración solitaria: *También les aseguro que si dos de ustedes se unen en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en el cielo se lo concederá. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos* (Mt 18,19-20).

De manera semejante, la lectura orante puede (y debe) hacerse, no solo individualmente sino también en un coloquio fraterno que los antiguos llamaban *collatio* («colación»). De hecho, un fuerte estímulo para proseguir en la práctica de la Lectio es compartir con otros «oyentes de la Palabra» las experiencias personales vividas en contacto con la Escritura. Es precisamente en este contexto donde adquieren excepcional importancia los «encuentros bíblicos».

El significado de ese «coloquio fraterno» a partir de la Sagrada Escritura es subrayado igualmente por el monje benedictino Samaragdo († ca. 825) en su *Diadema monachorum* (PL 102,63). En dicho libro afirma que esta práctica saludable y edificante contiene: una *confessio*, o sea, una contribución proveniente del testimonio personal; una *collocutio*, o sea, un diálogo enriquecedor desde el punto de vista espiritual; una *confabulatio* o conversación fraterna que construye la comunión mutua. Y el monje afirma finalmente que la *collatio* enseña cómo nos disponemos a aprender de los otros en todo lo referente al amor, la comprensión y la aplicación de la Palabra de Dios.

Otro testimonio proviene del papa Gregorio Magno († 604), el cual dice en una de sus homilías, recordando probablemente los días felices vividos en el monasterio: «Sé por experien-

cia que muchas cosas de la Palabra de Dios que no conseguí entender por mí mismo quedaron aclaradas estando con mis hermanos. Sucede así que, por la gracia de Dios, crece el entendimiento de las Escrituras cuando para ustedes aprendo aquello que enseño y percibo muchas veces que ustedes acogen lo que yo les digo» (*In Ezechielem* II, 1 - PL 948-949). Por eso es tan importante que la Biblia sea leída, estudiada, meditada y rezada no solo individualmente sino también, y sobre todo, en común.

Actitudes que predisponen a una lectura fructuosa

1) Cuando se entra en comunión con el Señor a través de su Palabra viva y eficaz, es necesario despojarse de todo cuanto impida una comunicación vital con Dios. Como Moisés, hay que «sacarse las sandalias de los pies» (cf. Ex 3,5). Un profundo respeto por la presencia real del Señor que nos llega a través de su Palabra debe llevarnos a crear en nosotros y a nuestro alrededor un clima propicio para la escucha. Algunas sugerencias pueden ser útiles en este sentido. Por ejemplo, empezar con el rezo de un Salmo (o con un canto cuando la Lectio se hace en común) y tener preparado un lugar para la «lectura orante», donde haya una Biblia, una vela y un icono.

2) También es importante adoptar una posición corporal correcta, que no canse y favorezca la concentración. Todo esto puede ayudar a tener interiormente una actitud de acogida y de receptividad. Así nos preparamos para entrar en ese mundo de Dios y para sentir su proximidad: *Tú estás cerca, Señor* (Sal 119,151). Unas veces con lentitud y con cierta aridez interior, otras veces con entusiasmo y rapidez, tomamos conciencia de que Dios está allí, que estamos en su presencia (cf. Sal 84) y que somos capaces de colocar nuestro corazón en sus manos y en su corazón (cf. Sal 61 y 91).

3) Una característica fundamental de la Lectio es su gratuidad. No se lee la Palabra de Dios para «sacar provecho» de ella, en el sentido común de dicha expresión. Su finalidad primera es el deseo de «estar con el Señor» y gozar de su «presencia amorosa». Por eso, la Lectura orante tiene que ser pausada, alejada de to-

da prisa, para saborear más que leer; admirar, más que razonar o cuestionar. El oyente de la Palabra desea la proximidad de su Señor que le sale al encuentro «como amigo» (cf. DV, 2). Quiere oír su voz y sentir su presencia aun antes de captar a fondo el contenido de las palabras. Esta experiencia de comunión recíproca es motivo de gran alegría interior.

4) No se puede practicar la Lectio día tras día y año tras año sin experimentar una profunda transformación espiritual. De ahí la necesidad de permanecer en la Palabra (cf. Jn 8,31-32), como lo enseña Juan Casiano († 453): «He aquí a lo que debes aspirar por todos los medios: aplicarte con constancia y asiduidad a la lectura sagrada, hasta que la incansante meditación impregne tu espíritu y puedas decir que la Escritura te transforma a su semejanza» (*Conferencia* XIV, 11).

Lectio divina y Eucaristía

La Lectio y la Eucaristía mantienen entre sí un vínculo indisoluble. Esta verdad, que hunde sus raíces en el testimonio de la Escritura y en la tradición patristica y medieval, ha sido reafirmada una vez más por el Concilio Vaticano II: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles *el Pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo*, sobre todo en la liturgia» (*Dei Verbum*, 21).

La Palabra de Dios no es solamente un medio de comunicar verdades, enseñanzas o preceptos morales. Es también, y esencialmente, una transmisión de gracia y de vida espiritual, y en tal sentido puede afirmarse que es parte constitutiva del orden sacramental. El poder de Dios está presente y operante en ella, y su soberana eficacia y vitalidad se ilustran oportunamente con la imagen de la espada de doble filo. Como una espada afilada (Heb 4,12) o una flecha punzante (Is 49,2), la Palabra de Dios, que juzga y que salva, penetra y disierne hasta los secretos más íntimos del corazón. O como la misma Escritura lo expresa poéticamente en Is 55,10-11: *Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven a él sin haber empapado la tierra, sin haberla fecun-*

dado y hecho germinar, para que dé la semilla al sembrador y el pan al que come, así sucede con la Palabra que sale de mi boca: ella no vuelve a mí estéril, sino que realiza todo lo que yo quiero y cumple la misión que yo le encomendé.

En este contexto, conviene recordar que con demasiada frecuencia se dice que la proclamación de la Palabra es una «introducción» a la celebración de la Eucaristía, sin llegar a determinar qué tipo de relación se establece entre la liturgia de la Palabra y la liturgia sacramental. En cierta medida persiste la idea de que el sacramento confiere la gracia y que la Escritura comunica una enseñanza o explica la acción sagrada propiamente dicha. Es decir, no se le reconoce a la Palabra de Dios el poder de realizar la alianza, haciendo entrar al creyente en esa relación vital con Dios que llega a su plenitud en la comunión eucarística. «En la vida presente —dice san Jerónimo—, no tenemos más que este único bien: alimentarnos con el cuerpo de Cristo y abrevarnos con su sangre, no solamente en el sacramento (eucarístico), sino también en la lectura de las Escrituras» (*In Eccle.*, PL 23,1039).

Es preciso tener presente, además, que la Palabra de Dios, como la Eucaristía, es *comida y bebida*. Porque si el pan y el agua son indispensables para la vida, con la misma intensidad sentimos hambre y sed de justicia, de amor, de verdad, de paz y (aunque a veces de manera inconsciente) de la vida que únicamente Dios puede darnos. Es natural, entonces, que la Biblia esté llena de referencias a la Palabra de Dios como alimento que sacia, nutre y reconforta.

Cuando el tentador lo desafía a que convierta las piedras en panes, Jesús le responde con las palabras de la Escritura: *El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4,4; cf. Lc 4,4; Dt 8,3). En el momento de la prueba, Jesús se niega a valerse de su poder de Hijo de Dios en provecho propio y nos enseña al mismo tiempo que no basta el pan material para satisfacer la necesidad humana de alimento. Una enseñanza que se encuentra reforzada en el libro de la Sabiduría: *No son las diversas clases de frutos los que alimentan a los seres humanos,*

sino que es tu palabra la que sostiene a los que creen en ti (Sab 16,26).

El relato de la vocación de Ezequiel retoma la imagen de la comida, pero la amplía en la visión del libro enrollado (2,8–3,3). Dios le ordena: *Come este rollo... alimenta tu vientre y llena tus entrañas con este libro que yo te doy* (3,1,3). Es decir, la Palabra de Dios llega a Ezequiel bajo la forma de un texto escrito, y el gesto de «comerlo» expresa gráficamente la perfecta asimilación del mensaje divino, de manera que todo su ser quede compenetrado de él. Además, el relato no dice «yo comí», sino *Yo abrí mi boca y él me hizo comer ese rollo* (v. 2). Así la iniciativa divina y la gratuidad del don quedan subrayadas una vez más.

Toda buena comida da un cierto placer, un sentimiento de satisfacción y alegría. De ahí que sean numerosos los textos de la Escritura que hablan de la Palabra de Dios como de un manjar lleno de dulzura y de agradable sabor. Ella es *más dulce que la miel, que el jugo del panal*, dice el salmista (Sal 19,11), y el profeta Ezequiel da testimonio de una vivencia personal: *Yo la comí y era en mi boca dulce como la miel* (Ez 3,3).

En la Escritura, la miel es un manjar delicioso. La Tierra prometida es *la tierra que mana leche y miel*, pero la satisfacción que brinda la Palabra es aún más intensa, de manera que quien la saborea quiere siempre más, como lo indica el Sirácida a propósito de la Sabiduría: *Mi recuerdo es más dulce que la miel y mi herencia más dulce que un panal. Los que me coman tendrán más hambre todavía, los que me beban tendrán más sed* (Eclo 24,20–21).

La persona invitada a comer comparte su comida. Alimentado con el alimento espiritual que es la Palabra de Dios, Jeremías es enviado a proclamar el mensaje divino (Jr 1,17). De manera semejante, Dios dice a Ezequiel: *Come lo que tienes delante* (es decir, el rollo escrito en los dos lados por la mano de Dios), y enseña añade: *Ve a hablar a los israelitas* (3,1). Se parte la Palabra como se parte el pan.

Los frutos de la Lectio

Los frutos de la *Lectio* no se pueden prever ni calcular de antemano. El contacto asiduo y profundo con la Palabra de Dios, personalmente y

en comunidad, hace que las ideas, expresiones e imágenes de la Escritura se conviertan en patrimonio espiritual de cada uno. La teología de la Iglesia ortodoxa emplea aquí dos términos característicos: la persona *pneumatófora* («portadora del Espíritu») se hace *crístófora* («portadora de Cristo»). Es decir, al comunicarle los dones del Espíritu Santo a través de la Palabra, Dios la configura de tal forma a Cristo que ella se convierte en una imagen viva de Jesús.

El oyente de la Palabra comienza a pensar y a ver la realidad a la luz de Dios y según el espíritu del Evangelio. Al mismo tiempo, la lectura orante de la Escritura da a la piedad personal un carácter más objetivo. Lejos de basarla en imaginaciones y sentimentalismos, la centra en el Dios trinitario y en Cristo y la edifica sobre hechos, modelos y misterios reales, con los que el cristiano tratará de identificarse.

La persona que practica la *Lectio* conoce por experiencia su función purificadora. La Palabra de Dios es un «espejo» que pone al descubierto nuestras incoherencias y disfraces, y nos invita a la conversión; cuestiona nuestros sentimientos egoístas y nos impulsa a seguir la dirección contraria. Así se muestra *viva, eficaz y más penetrante que cualquier espada de doble filo; penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón* (Hebreos 4,12).

A través de la práctica perseverante de la *Lectio*, el oyente se convierte en servidor y testigo de la Palabra. Se vuelve sensible al paso del Señor y a las inspiraciones de su voluntad, lleno de su Espíritu de sabiduría, pronto para la acción de gracias y la alabanza, siempre dispuesto a servir a Dios en todas las circunstancias de la vida y a ser testigo del Señor entre sus hermanos.

Una lectura eclesial

Es tan grande «el poder y la eficacia que se encierra en la Palabra de Dios», que ella se nos da como «alimento del alma y fuente pura y perenne de vida espiritual» (DV, 21). Por tanto, el objetivo específico de la «Lectio divina» no puede ser otro que el texto mismo de la Sagrada Escritura. Pero desde los tiempos más remotos la Iglesia ha enseñado que la lectura de la Biblia no se puede separar de los comentarios de los Padres de la Iglesia y de los maestros de la vida espiritual, antiguos y modernos. En la medida en que han vivido lo que enseñan, sus escritos transmiten al mismo tiempo «doctrina» y «experiencia», «verdad» y «vida».

Para exponer sus enseñanzas, los Padres se sirven de diferentes géneros literarios. Pero lo importante es que siempre explican la Escritura o desarrollan su pensamiento a partir de ella. De hecho, «vivían de la Biblia, pensaban y hablaban por la Biblia, con esa admirable penetración que llega hasta la identificación de su ser con la misma sustancia bíblica» (Paulo Evdokimov).

Como conclusión de estas consideraciones sobre la «lectura orante de la Biblia», podemos citar finalmente la oración atribuida a Guigo II, abad de la Gran Cartuja (s. XII), que resume en sí toda la riqueza espiritual de la «Lectio divina»: «Señor, cuando tú me partes el pan de la Sagrada Escritura, yo te conozco por esta fracción del pan; cuanto más te conozco, más deseo conocerte no solo en la apariencia de la letra, sino en el conocimiento saboreado por la experiencia. Y no pido este don por mis méritos sino en razón de tu misericordia... Dame, Señor, la prenda de la herencia futura, al menos una gota de la lluvia celestial para refrescar mi sed, porque estoy ardiendo de amor».

DEL ANTIGUO AL NUEVO TESTAMENTO

Por su origen histórico, la comunidad de los cristianos está vinculada al pueblo de Israel. Jesús de Nazaret, en quien ella ha cifrado su fe, es hijo de ese pueblo, y lo son igualmente los Doce que Jesús eligió *para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar* (Mc 3,14). Al principio, la predicación apostólica se circunscribió únicamente a los judíos y a los prosélitos, paganos asociados a la comunidad judía (cf. Hch 2,11). Pero más tarde, cuando ella traspasó las fronteras del judaísmo, no renunció a su vinculación con Israel. El cristianismo ha nacido, por tanto, en el seno del judaísmo del siglo I.

Sin embargo, la relación entre judaísmo y cristianismo es mucho más profunda que un simple fenómeno de continuidad histórica. Aunque Israel y la Iglesia se han sucedido en el tiempo, no están unidos simplemente como dos etapas de la historia que se relacionan entre sí por los lazos ordinarios de la sucesión temporal. Cristo no viene únicamente después de la Ley. Él hace que la Ley llegue a su pleno cumplimiento, no solo por haberla observado de una manera ejemplar, o porque su enseñanza lleva a su punto más alto lo exigido por los mandamientos del Decálogo y los preceptos de la Ley mosaica, sino sobre todo porque, como dice Clemente de Alejandría, «la economía inaugurada por el Salvador ha producido una especie de movimiento y de cambio universales» y «realiza por su propio advenimiento la perfección de las profecías hechas bajo la Ley».

Una manifestación siempre actual de aquel vínculo originario es la aceptación de las Sagradas Escrituras del pueblo judío como Palabra de Dios, dirigida ahora también a los cristianos. Estos escritos del Nuevo Testamento

no se presentan nunca como una *absoluta* novedad. Al contrario, se muestran sólidamente arraigados en la experiencia religiosa de Israel, recogida bajo distintas formas en sus Sagradas Escrituras. El NT les reconoce una autoridad divina, y ese reconocimiento de autoridad se manifiesta de múltiples maneras más o menos explícitas. Algunas veces, basta una cita de la Escritura para decidir una cuestión controvertida, y esa cita se introduce frecuentemente con un simple *está escrito*, expresión que pone de manifiesto la incuestionable autoridad de la palabra citada (cf., por ejemplo, Mt 4,4.7.10; Lc 4,4).

Pero la afirmación más categórica de la autoridad de la Escritura para los cristianos se encuentra sin duda en los textos que hablan del cumplimiento de las promesas veterotestamentarias en los acontecimientos del NT. Esta convicción está presente casi en cada página del NT y en las mismas palabras de Jesús. En el evangelio según san Mateo, una palabra de Jesús proclama la perfecta continuidad entre la *Torá* y la fe de los cristianos: *No piensen que he venido a abolir la Ley o los Profetas: yo no he venido a abolir sino a dar cumplimiento* (Mt 5,17). De camino hacia su pasión, Jesús dice: *El Hijo del hombre se va según lo que está escrito de él* (Mt 26,24; Mc 14,21). Y después de su resurrección, él mismo se dedica a *interpretar, según las Escrituras, lo que le concernía* (Lc 24,27): *Estas son las palabras que les dije cuando todavía estaba con ustedes: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito acerca de mí en la Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos* (Lc 24,44). Por tanto, la fe cristiana no se basa solamente en determinados acontecimientos, sino en la conformidad de esos acontecimientos

tos con la revelación contenida en las Escrituras de Israel. De ahí la importancia del principio hermenéutico afirmado una vez más por la Pontificia Comisión Bíblica: «Sin el Antiguo Testamento, el Nuevo es un libro indescifrable, una planta privada de sus raíces y destinada a secarse».

La relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento

La referencia al Antiguo Testamento hace que la persona y la obra de Jesús no queden aisladas de todo contexto, sino que se inserten en el plan de salvación *prometido por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras* (Rom 1,2) y así se manifiesten como su pleno cumplimiento. Jesús es el *sí* de Dios a sus promesas (cf. 2 Cor 1,20), de manera que se establece una doble relación: releídos a la luz de la fe pascual, los textos veterotestamentarios adquieren su significado último. Y viceversa: la lectura del Antiguo Testamento permite comprender a Jesús. A la luz del AT, Cristo aparece en continuidad con la esperanza y las revelaciones divinas a Israel y constituye el hecho esencial en la historia de las intervenciones de Dios en favor de su pueblo. Sin una reflexión tal, Jesús se habría convertido en un fenómeno aislado e incomprensible. Cristo es la meta hacia la cual tendía toda la economía antigua. La fe en Cristo permanece fiel al AT en el momento en que supera sus límites.

De ahí las tres instancias que caracterizan la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: *continuidad, discontinuidad y progreso*.

1. La *continuidad*. Para los escritores del Nuevo Testamento *el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo* es el mismo *Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*, que se reveló a los Patriarcas, libró a Israel de Egipto e inspiró a los profetas para que anunciaran anticipadamente *los sufrimientos reservados a Cristo y la gloria que les seguiría* (1 Pe 1,11).

Como consecuencia de esta convicción, la persona y la obra de Jesús fueron siempre puestas en relación con el Antiguo Testamento, manifestando de ese modo que el plan divino de salvación había sido preparado y anunciado proféticamente antes de ser lleva-

do a su plenitud. Y esta puesta en relación no se realizó solamente a través de las citas explícitas repartidas por todo el Nuevo Testamento, sino también en las innumerables referencias y alusiones, a veces casi imperceptibles, que se fueron como sedimentando en el vocabulario, en las formas de discurso, en las imágenes, en las fórmulas de bendición y en los himnos litúrgicos.

La carta a los Hebreos y el evangelio de Mateo son los escritos del Nuevo Testamento que subrayan con más insistencia el cumplimiento en Jesús de lo anunciado o prefigurado en el Antiguo Testamento. En Mt llaman la atención particularmente las numerosas citas y referencias directas, introducidas muchas veces con una frase estereotipada: *Esto sucedió para que se cumpliera lo anunciado por el profeta cuando dice...* (1,22; 2,15.17.23; 4,14; 8,17; 12,17; 13,35; 21,4; 26,54.56; 27,9). Es obvio pensar, entonces, que el evangelista estaba muy familiarizado con el Antiguo Testamento (en hebreo y en griego) y que este también era conocido por los miembros de la comunidad, aunque, naturalmente, en grados diversos.

Esta adhesión, obviamente, no impidió reconocer desde el principio la existencia de cosas imperfectas y transitorias en los escritos veterotestamentarios. Pero los intentos de explicar tales imperfecciones nunca llegaron hasta el extremo de afirmar que aquellos libros no estaban inspirados por Dios. La imperfección de algunos elementos contenidos en el Antiguo Testamento fue señalada una vez más por el Concilio Vaticano II, y el documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre «La interpretación de la Biblia en la Iglesia» vuelve sobre el mismo tema: «Los escritos del Antiguo Testamento contienen elementos “imperfectos” (*Dei Verbum*, 15) que la pedagogía divina no podía eliminar desde el comienzo».

2. No es posible negar, sin embargo, que el paso de un Testamento a otro implica rupturas y *discontinuidad*. Estas no suprimen la continuidad. Al contrario, la suponen en lo esencial, pero afectan a bloques enteros de la Ley mosaica e implican el abandono de elementos de gran importancia: instituciones como el sacerdocio levítico y el Templo de Jerusalén;

formas de culto como los ritos sacrificiales; prácticas religiosas como la circuncisión, las leyes sobre lo puro y lo impuro y las prescripciones alimentarias; leyes imperfectas como el divorcio e interpretaciones legales restrictivas como las referentes al sábadó. Pero no es menos evidente que el desplazamiento de acento realizado por el Nuevo Testamento había empezado ya en el Antiguo y que constituye, por eso mismo, una lectura legítima de él.

3. Al afirmar que las promesas a Israel se han cumplido efectivamente en la vida, muerte y resurrección de Jesús, como asimismo en la fundación de la Iglesia abierta a todas las naciones, el NT une estrechamente a los cristianos con el pueblo israelita. Esto quiere decir que el NT, lejos de oponerse a las Escrituras de Israel o de señalarles un término y considerarlas caducas, confirma la verdad de las promesas hechas a Israel y las lleva a su cumplimiento en la persona de Cristo, en su misión y, especialmente, en su misterio pascual.

El NT asume que Israel conserva su estatuto prioritario en cuanto al ofrecimiento de la Palabra de Dios (Hch 13,46) y de la salvación (Hch 13,23). Pero también afirma que Dios ha instituido una *nueva alianza* (cf. Jr 31,31), sellada con la sangre de Jesús, y que el pueblo judío, en su gran mayoría, no reconoció la llegada de Dios en Cristo. De ahí el amargo llanto de Jesús cuando se acercaba por última vez a la ciudad santa de Jerusalén: *¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos* (Lc 19,44).

Israel esperaba el cumplimiento de las promesas de Dios como el final glorioso de su larga y dramática historia. Numerosos mártires habían dado su vida para ser fieles a las promesas divinas y a la Ley. Pero una vez que terminaron los días de su heroica espera, el cumplimiento de la promesa se realizaba de una manera tan misteriosa que ni los mismos apóstoles lograron comprenderla antes de la efusión del Espíritu Santo el día de Pentecostés. La muerte y la resurrección de Jesús, en efecto, transformaban el objeto de la esperanza hasta un punto tal que parecía ser la anulación pura y simple de las expectativas mesiánicas de Israel.

En adelante, los paganos que tantas veces habían oprimido a Israel a causa de su fe, tendrían igual derecho a la salvación que los mismos judíos. En Cristo Jesús *no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón y mujer* (Gal 3,28), de manera que la universalización del mensaje salvífico exigía de Israel la renuncia al privilegio de ser el pueblo de Dios en exclusividad, sin la participación de los demás pueblos. Por tanto, a Israel se le pedía un supremo sacrificio, y podría decirse que él debía compartir el doloroso privilegio del Servidor sufriente: dar la vida para que el mundo viva.

En el plan de Dios, el endurecimiento de Israel tuvo consecuencias providenciales, porque ha sido el punto de partida del universalismo cristiano y del anuncio del evangelio a los paganos. Las cartas de Pablo dan un constante testimonio de esta apertura universalista, especialmente en la frase programática que figura al comienzo de su carta a los Romanos: *El evangelio es poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos en primer lugar y después de los que no lo son* (1,16).

¿Antiguo o Primer Testamento?

En muchos ambientes eclesiásticos y teológicos se ha difundido, desde hace algunos años, el uso de la expresión «Primer Testamento» para designar la parte de la Biblia cristiana que se había denominado hasta ahora «Antiguo Testamento». En consecuencia, también se habla de «Segundo Testamento» a propósito de las escrituras específicamente cristianas (el «Nuevo Testamento» en la terminología tradicional).

Para justificar este cambio se aducen distintos argumentos. Uno tiene que ver con el diálogo entre judíos y cristianos, cuyo desarrollo se ha visto obstaculizado por el uso de una expresión que puede interpretarse en sentido peyorativo. El adjetivo *antiguo*, en efecto, unido a la palabra *Testamento*, sugiere fácilmente la idea de algo caduco y envejecido, testimonio de una fe y de una espiritualidad ya superadas por el evangelio. Más aún, algunos ven en esta terminología tradicional —Antiguo Testamento— resabios discriminatorios, hasta el punto extremo de no admitir que Israel

considere su Biblia como Sagrada Escritura independientemente de la lectura cristiana.

Por lo tanto, lo que aquí está en juego es más que una cuestión puramente terminológica. En definitiva, se trata de la necesidad de superar el antijudaísmo que ha estado difundido entre los cristianos durante siglos y que ha producido efectos devastadores en la historia reciente. El Concilio Vaticano II ha dado normas precisas para acabar con esta tendencia, y por tal motivo sería indispensable someter a un examen profundo nuestros esquemas mentales, a fin de superar el antijudaísmo expreso o latente que pesa demasiado en la práctica de calificar el testimonio bíblico de «antiguo», contrapuesto al «nuevo». De esa revisión global formaría parte un cambio de formulación, y el empleo de la expresión «Primer Testamento» aportaría notables ventajas para evitar la infravaloración del judaísmo.

1. La expresión «Primer Testamento» es bíblica. Se la encuentra en la carta a los Hebreos (8,7.13; 9,1.15.18) y también en la traducción griega de los Setenta: *Yo me acordaré en favor de ellos de la primera alianza, cuando los hice salir de la tierra de Egipto...* (Lv 26,45 [LXX]). Es decir, la *primera alianza* se presenta como el comienzo que pone el fundamento y perdura en sus efectos, ya que el castigo infligido a Israel a causa de sus pecados no llegará *hasta el punto de aniquilarlos y de anular mi alianza con ellos, porque yo soy el Señor, su Dios* (26,44). Y este es precisamente el aspecto que pone de relieve la expresión «Primer Testamento»: la Biblia de Israel es el fundamento que fue puesto por Dios en primer lugar. Sobre él se sienta la nueva acción de Dios en Jesús y en sus seguidores, de tal modo que la nueva alianza aparece como su renovada y definitiva actualización. El «Primer Testamento» remite al «Segundo», como para recordarnos que el «Primero» no constituye en sí mismo la Biblia cristiana completa.

2. La expresión «Primer Testamento» corresponde mejor a la continuidad histórica, ya que las Escrituras judías surgieron primero y fueron la primera Biblia de la joven Iglesia. Teológicamente constituye asimismo una formulación rigurosa, ya que da testimonio de la *alianza perpetua* que Dios concluyó con Israel,

su *hijo primogénito* (Ex 4,22; Os 11,1), punto de arranque del gran movimiento de alianza que debía abarcar a todos los pueblos.

3. El esquema promesa-cumplimiento es originario de la Biblia, pero no es adecuado para expresar *toda* la relación entre ambos Testamentos. Hablar «ingenua» o «agresivamente» del cumplimiento de *toda* el AT en y por Cristo no responde ni al mensaje de la Ley y los Profetas ni a la misión de Jesús atestiguada en el NT. Las promesas del AT, en efecto, tienen un «excedente» con respecto a Jesús, y la misión de Jesús atestigua de manera definitiva que el Reino de Dios, a pesar de todas las fuerzas del mal que puedan oponérsele, llevará el mundo a su culminación, así como la muerte de Jesús culminó en su resurrección.

Una observación crítica

Es preciso reconocer que la denominación *Antiguo Testamento* podría llevar a una valoración insuficiente o incluso a un menor aprecio por el pueblo de Israel y por sus Escrituras. Sin embargo, la designación *Primer Testamento* no puede responder a motivos extrínsecos, como sería el de promover la estima por el pueblo judío y el de favorecer el diálogo interreligioso con el judaísmo. Este es sin duda un propósito loable, pero no puede suplantar a la reflexión teológica, que debe fundarse en la relación recíproca entre las dos alianzas, y no en meras consideraciones extrínsecas.

Para proyectar cierta luz en la clarificación de este controvertido tema, podemos partir del comienzo de la carta a los Hebreos: *Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo* (Heb 1,1-2).

Este pasaje permite hablar de la Palabra de Dios como de un testimonio polifónico de la revelación divina. Pero poner al Hijo como una de las tantas voces, o como un eslabón más en la cadena de esa revelación, sería distorsionar todo el sentido del texto. En realidad, lo que hace el autor de la carta es contraponer la palabra conclusiva de Dios en el Hijo a la multiplicidad y multiformidad de las anteriores re-

velaciones hechas por medio de los Profetas. Más aún, todas las demás voces resultan plenamente inteligibles en función de él.

La incomparabilidad de Cristo con todo lo precedente no obligó a la Iglesia primitiva a renunciar a la continuidad. Pero tampoco dejó en la penumbra la discontinuidad con las Escrituras de Israel. Por lo tanto, al subrayar *la discontinuidad en la continuidad*, la carta a los Hebreos, y el Nuevo Testamento en su conjunto, manifiestan una clara comprensión del cumplimiento de las Escrituras en la persona y en la obra redentora de Jesús.

La economía del AT, además de una economía de *alianza*, era una economía de *promesa* cuyo centro de gravedad no estaba en el pasado sino en el futuro. Hacia ese futuro tendía toda la historia de la salvación, de manera que el dinamismo interno del AT, en cuanto promesa, no encuentra su razón de ser en sí mismo sino en un *ésjaton* que lo supera. Por eso las promesas, sin su cumplimiento, resultan un enigma para el creyente de la antigua alianza. Con la fe en Cristo, por el contrario, los elementos dispersos se unifican en una síntesis coherente y establecen una jerarquía de valores que muestran al Mesías Jesús plenamente integrado en la antigua economía. La fe en Cristo permanece fiel al AT precisamente en el momento en que supera sus límites.

Por eso, si por motivos teológicos intrínsecos consideramos la revelación de Dios como concluida en Cristo, parecería que es insuficiente «numerar» las dos alianzas como «primera» y «segunda». El Nuevo Testamento es más que un Segundo Testamento que viene después del Primero, como una segunda parte sigue a la primera. El adjetivo *Antiguo* deja en claro que la verdad de la Escritura de Israel es, sin duda, verdad revelada por Dios; pero que esa revelación permaneció en parte oscurecida hasta que la luz de Cristo se difundió sobre ella. A partir de Cristo, en efecto, las Escrituras de Israel se vuelven comprensibles en su sentido más pleno. Y los términos *Antiguo* y *Nuevo* explican más convenientemente lo que está en juego en la Escritura.

Por otra parte, los que rechazan la idea cristiana de *superación* del AT por el NT hacen de

la Torá un absoluto, en vez de colocarla en el lugar que le corresponde en la economía de la alianza. La Torá, en efecto, pretendía hacer de Israel el pueblo santo de Dios, el pueblo sacerdotal; pero su éxito era limitado porque dejaba intacta la raíz del problema espiritual y moral del ser humano (cf. Jr 31,31-34; Rom 7). El NT, en cambio, no pretende otra cosa que realizar efectivamente el designio de la alianza a la que estaba orientada la Torá y hacerla accesible, por la acción del Espíritu Santo, no solo a Israel sino a toda la humanidad (cf. Rom 1,16-17).

Lo que aún queda por cumplirse

La actividad de Jesús dista mucho de lo que se esperaba del Rey salvador. Prueba de ello es el discurso de Pedro en el pórtico del templo, después de curar a un parálítico de nacimiento (Hch 3,12-26): Jesús es el Mesías, pero aún no lo es en plenitud, porque todavía debe venir a traer el reino de paz (*shalôm*) que los profetas prometieron como un don de Dios. En la cadena de esa historia de promesas, Jesús es para la fe cristiana el eslabón decisivo, que reconcilia al mundo con el Dios de la paz. Pero no todas las promesas veterotestamentarias pueden considerarse cumplidas en Jesús de Nazaret, como no todas las afirmaciones que se hacen en el Nuevo Testamento sobre Jesús tienen una base en el Antiguo Testamento.

Por lo tanto, el Antiguo y el Nuevo Testamento no se relacionan sin más como promesa y cumplimiento, sino que, tanto para los judíos como para los cristianos, el pleno cumplimiento aún estaría por llegar: *Así el Señor les concederá el tiempo del consuelo y enviará a Jesús, el Mesías destinado para ustedes. Él debe permanecer en el cielo hasta el momento de la restauración universal, que Dios anunció antiguamente por medio de sus santos profetas* (Hch 3,20-21).

Lectura judía y lectura cristiana de la Biblia

La Biblia cristiana contiene dos partes surgidas en contextos diferentes. El binomio Antiguo-Nuevo Testamento no implica oposición sino correlación. Por eso es indispensable, desde el punto de vista cristiano, mantener conjunta-

mente la identidad y la discontinuidad, sin dejar de reconocer, al mismo tiempo, que la Biblia de Israel está abierta a *dos lecturas distintas*.

Esta doble posibilidad depende, principalmente, de la recepción del mismo texto bíblico por parte de distintas comunidades de fe. No existe, en efecto, una lectura de la Biblia absolutamente neutral, exenta de todo «prejuicio» o «pre-supuesto». El acceso al texto bíblico (como a cualquier otro texto) se sitúa siempre en una tradición hermenéutica o interpretativa, que establece las coordenadas de la interpretación.

En la lectura cristiana, el centro en torno al cual se organiza todo el conjunto es la resurrección de Cristo. Este acontecimiento es la clave de lectura de toda la Biblia y de los recuerdos de la vida de Jesús. De ahí que la lectura cristiana tienda a sobrevalorar el elemento profético, como lo muestra, por ejemplo, el episodio de Emaús: los discípulos narran lo

que había sucedido en Jerusalén y Jesús, *comenzando por Moisés y continuando con todos los Profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él* (Lc 24,27). Más allá del sentido literal de los textos está el «cumplimiento» operado por Jesús, y los escritos neotestamentarios, por medio de distintos procedimientos interpretativos, hacen que las dos «historias» se correspondan.

La lectura judía, en cambio, no utiliza ninguna clave exterior, sino que se complace en desarrollar hasta el infinito las más mínimas virtualidades del texto bíblico. Así, por ejemplo, mientras que para la tradición judía los profetas proclaman en primer lugar el juicio de Dios contra Israel por haber quebrantado su fidelidad a la alianza del Sinaí, la tradición cristiana se inclinó a buscar en el Antiguo Testamento los signos y primicias de las expectativas mesiánicas que reconoce cumplidas en Jesús de Nazaret.

ANTIGUO TESTAMENTO

El libro de la Antigua Alianza

LOS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

LA LEY (El Pentateuco)

Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio

LOS PROFETAS

La historia profética

Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes

Las colecciones proféticas

Los Profetas mayores: Isaías, Jeremías, Ezequiel

Los Profetas menores: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías

LOS DEMÁS ESCRITOS

Admitidos por el judaísmo palestínense e incluidos en el Canon hebreo

Salmos, Job, Proverbios, Rut, Cantar de los Cantares, Eclesiastés, Lamentaciones, Ester, Daniel, Esdras y Nehemías, 1 y 2 Crónicas

Admitidos, además de los anteriores, por el judaísmo de Alejandría o «deuterocanónicos»

Judit, Tobías, 1 y 2 Macabeos, Sabiduría, Eclesiástico, Baruc, Carta de Jeremías

Suplementos griegos de Ester y Daniel

LA LEY
(El Pentateuco)

LA LEY (EL PENTATEUCO)

INTRODUCCIÓN

Los cinco primeros libros de la Biblia contienen una parte narrativa, que comienza con la creación del mundo y concluye con la muerte de Moisés. Las narraciones sirven de marco a las leyes que dieron su impronta característica al pueblo de Israel, y por eso la tradición judía designa a este conjunto de libros con el nombre de «Torá», palabra hebrea que significa «la Ley».

En el siglo II de la era cristiana, se les dio el nombre de *Pentateuco*. Esta palabra de origen griego significa «cinco instrumentos» y se la usó originalmente para designar los «cinco es- tuches» donde se guardaban esos libros.

Aunque está compuesto de elementos muy heterogéneos, el Pentateuco constituye una verdadera unidad. La división del mismo en cinco partes se funda en razones de orden práctico: su finalidad era facilitar el manejo de una obra tan voluminosa. Los judíos de Palestina designaban cada una de esas partes con la palabra inicial del texto. El primer libro, por ejemplo, se llamaba «Al principio». Pero en los medios de habla griega, se prefirió darles un título que expresara algún aspecto de su contenido, y de esa manera surgieron los nombres con que se los conoce actualmente.

El primer libro se llama *Génesis*, que quiere decir «origen», porque describe los comienzos del universo, de la humanidad y del Pueblo de Dios.

El segundo recibe el nombre de *Éxodo*, que significa «salida», porque la primera parte de este libro trata de la salida de Egipto.

Luego viene el *Levítico*, así llamado porque contiene el ritual que debían observar los sacerdotes de la tribu de Leví.

El libro de los *Números* debe su designación a los diversos censos mencionados en él.

Y el último se llama *Deuteronomio* que quiere decir «segunda ley», porque completa la legis-

lación del Sinaí con las normas y preceptos promulgados por Moisés en las llanuras de Moab.

La formación del Pentateuco

Resulta equívoco y algo anacrónico considerar al Pentateuco como un «libro» en el sentido moderno de la palabra. En realidad, se trata de una compilación de varias fuentes o tradiciones narrativas, legales y litúrgicas, que se fueron formando y transmitiendo en el Pueblo de Dios a lo largo de muchos siglos. Las etapas de ese proceso pueden ser reconstruidas en parte, mediante el análisis literario de los textos. Algunos elementos de esas tradiciones se remontan hasta la época de Moisés y aún antes, y se fueron transmitiendo oralmente antes de ser fijados por escrito.

Los antiguos santuarios de Palestina —Siquem, Betel, Hebrón y Jerusalén— fueron el medio original donde nacieron y se conservaron muchas de esas tradiciones. Las gestas de los antepasados se contaban a los peregrinos en las asambleas culturales. Los relatos épicos servían de comentario en las fiestas religiosas, donde se revivían las grandes obras de Dios en favor de su Pueblo. De una manera especial, los santuarios contribuyeron a la formación de los textos legislativos: allí se tenía necesidad de leyes sagradas para el ordenamiento del culto, para determinar las obligaciones de los fieles y para la administración de la justicia.

Las cuatro tradiciones del Pentateuco

El estudio detenido de los textos permite afirmar que en la composición definitiva del Pentateuco —realizada después del Exilio, hacia el siglo V a. C.— se emplearon principalmente cuatro fuentes o tradiciones diversas: la «yahvista», la «elohísta», la «sacerdotal» y la «deuteronomica».

La recopilación de estas tradiciones, procedentes de ambientes y épocas muy diferentes, explica la variedad de vocabulario y estilo, la existencia de relatos paralelos o «duplicados», las incongruencias y, de una manera más general, la rica complejidad literaria y doctrinal que caracteriza a toda la obra.

La tradición «yahvista»

La tradición más antigua recibe el nombre de «yahvista», porque su autor utiliza desde el comienzo del relato el nombre de Yahvé, nombre propio del Dios de Israel, traducido habitualmente «el Señor» (Gn 4,26). Estas narraciones se distinguen por su estilo simple y sin artificios, que revelan el arte de un narrador consumado. El autor «yahvista» no expresa su pensamiento por medio de enunciados abstractos, sino mediante la selección y encadenamiento de narraciones, que recoge de la tradición oral y escrita de su pueblo. Sin perder nunca de vista la trascendencia de Dios, describe su acción con rasgos marcadamente antropomórficos.

El horizonte del «yahvista» es universal. Según su concepción, la historia del mundo se encuentra bajo el signo de la «maldición» introducida por el pecado (Gn 3,14-19). Pero la voluntad salvífica de Dios enfrenta al pecado, y con la elección de Abraham hace irrumpir la «bendición» en el mundo (Gn 12,1-3). El pueblo de Israel es el portador de esa bendición, y su presencia es germen de bendiciones para todos los pueblos.

La tradición «elohísta»

La segunda tradición se denomina «elohísta», porque designa a Dios con el nombre de «Elohím» —palabra hebrea que significa «dios»— hasta el momento en que el nombre propio del Dios de Israel —o sea, Yahvé— es revelado a Moisés en el Sinaí (Ex 3,15).

Esta tradición acentúa la distancia entre Dios y el hombre, y en ella, las revelaciones divinas se realizan con rasgos menos antropomórficos: Dios permanece invisible y habla desde el fuego o desde la nube; dirige a su Pueblo por medio de un profeta como Moisés, y comunica libremente el espíritu profético (Nm 11,25).

La tradición «sacerdotal»

Esta tradición se caracteriza por el predominio de las prescripciones legislativas, sobre todo, las referentes a la organización del Santuario y del culto, a las fiestas litúrgicas, y a las funciones del sacerdote Aarón y de sus hijos. Por eso se la designa con el nombre de «sacerdotal».

Los textos jurídicos y rituales pertenecientes a esta tradición aparecen encuadrados en un marco narrativo, porque tanto las instituciones de Israel como las leyes que lo rigen, se fundan en las intervenciones salvíficas del Dios «santo», que quiere crear para sí un Pueblo «santo».

Los rasgos más salientes del estilo «sacerdotal» son las repeticiones, el gusto por la exactitud cronológica y numérica, las genealogías y la predilección por todo lo referente al culto.

La tradición «deuteronomíca»

Las tres tradiciones antes mencionadas, aparecen entremezcladas en los cuatro primeros libros del Pentateuco. En cambio, la tradición «deuteronomíca» —dentro del Pentateuco— se encuentra casi exclusivamente en el libro del Deuteronomio. Las características de esta tradición se describen en la introducción correspondiente.

Actualidad cristiana del Pentateuco

La inevitable extrañeza y las numerosas dificultades que suscita la lectura del Pentateuco, no suprimen ni disminuyen su importancia y su valor permanente como Palabra de Dios.

El Pentateuco es, en efecto, el testimonio de la revelación progresiva de Dios, que se manifestó a Israel, a fin de preparar la salvación de todos los hombres. En él se trazan las grandes líneas de la historia de la salvación, desde la elección de Abraham hasta la formación del pueblo de Israel.

Dentro de esa historia, y a pesar de todas las infidelidades humanas, se destaca la fidelidad de Dios a su Promesa, sellada con una Alianza de amor. De esta manera el Pentateuco enriquece nuestro conocimiento de Cristo, «el mediador de una Alianza más excelente» (Heb 8,6), en quien «encuentran su sí» —es decir, su cumplimiento— «todas las promesas de Dios» (2 Cor 1,20).

GÉNESIS

INTRODUCCIÓN

El libro del Génesis narra, en la primera parte, los orígenes de la creación e indaga en su sentido. Recurre al lenguaje simbólico y poético para contar cómo Dios crea e instruye al ser humano para que interactúe con él y sea hacedor de su destino personal y social. En sus páginas se presentan el origen del cielo y la tierra, del hombre y la mujer, de las plantas y los animales. En ellas se narran el origen de la vida y la muerte, de la violencia y el amor, de la fidelidad y la traición. También está dedicado a registrar el comienzo de los distintos componentes de la cultura: el lenguaje, la construcción de herramientas, el calendario, el origen de los distintos pueblos y sus vinculaciones de sangre. Al avanzar en el relato, el texto va centrándose en la historia del nacimiento del pueblo de Dios, de sus primeros antepasados, y en aquellas historias que daban sentido a las instituciones y costumbres que en tiempos muy posteriores se habían consolidado en la vida social de Israel. En este libro se narra el origen de la relación entre Yahvé y su pueblo, así como también las promesas mutuas que fundan la alianza entre Dios e Israel.

En la lengua hebrea original el libro se denomina *bereshit*, porque sigue el uso antiguo de nombrar las obras por su primera palabra. En castellano se traduce con la frase «en un principio» o «al comienzo». La traducción griega dio título al libro llamándolo *Génesis* («origen»), para orientar sobre su contenido e intención. Con este nombre ha pasado a las Biblias modernas, aunque en algunas traducciones se lo denomina «Primer Libro de Moisés».

Autor y fecha de composición

La tradición ha señalado como autor del Génesis a Moisés, en armonía con el criterio de atribuir todo el Pentateuco a su persona. Es-

ta atribución se debe a la preponderancia que tuvo en la teología de Israel el material legal incluido en la narración de la alianza del Sinaí, donde Moisés aparece como el receptor de la ley. También está de acuerdo con el estilo del libro del Deuteronomio, que está construido a partir de textos presentados como sus discursos personales. La autoría de Moisés fue también alimentada por el hecho de que en dos oportunidades aparece como autor de textos escritos. Tal es el caso del relato de la batalla donde Josué vence a Amalec (Ex 17,14) y el del libro de la alianza del Sinaí (24,4). Estos pasajes sustentaron la idea de que el gran líder del pueblo era también el autor de la narración que evocaba la memoria de sus acciones. Pero esta concepción no soportó el ojo agudo de la lectura atenta y ya en tiempos antiguos se comenzó a poner en duda esta afirmación. Una lectura cuidadosa reveló que, a lo largo de los textos, Moisés es presentado en tercera persona y tan solo en el libro del Deuteronomio se encuentran textos en primera persona, pero enmarcados de modo que es otra voz la que narra lo que dice Moisés. Se observó además que Moisés no podía ser el autor de la narración de su propia muerte (Dt 34,5-8), y otras dificultades propias de una obra tan compleja y diversificada hacían dudoso que una sola persona haya podido concentrar la habilidad necesaria para redactar la historia en todas y cada una de sus partes. Ya en el siglo xvii resultaba sospechosa la autenticidad de esa tradición, pero fue en especial en el siglo xix cuando la tarea de la crítica bíblica descubrió una trama literaria mucho más rica de la que se había observado hasta entonces. Este descubrimiento abrió a nuevas formas de entender la tarea del autor del Génesis, así como de otras partes de la Biblia.

Aunque no podamos describirlo en cada uno de sus pasos, este proceso pone en evidencia que el libro del Génesis es una obra compuesta por varios autores anónimos, como la mayoría de los textos del Antiguo Testamento. El proceso de redacción llevó muchos años y no fue lineal sino sinuoso. Hubo momentos de unificación de textos, otros de eliminación por superposición, y otros de redacción a fin de hacer compatibles narraciones que provenían de distintos ámbitos y que reflejaban teologías diversas. Al estudiar la estructura literaria se hará evidente la existencia de estas etapas, aunque su identificación y datación precisa sea aún hoy una cuestión sin resolver y abierta a nuevas investigaciones.

La dificultad para identificar a un autor o autores de la obra anuncia los problemas que plantea el intento de dar una fecha de su redacción. Ciertas informaciones del texto pueden inducir a pensar en una fecha muy temprana, como por ejemplo la mención del faraón Ramsés (47,11), o el mismo hecho de ubicar las acciones de los patriarcas cuando los cananeos habitaban el país sin la presencia de Israel (12,6; 13,7). Sin embargo, lo más probable es que esas y otras informaciones sean producto de una redacción muy posterior a los hechos, como lo demuestran en varias ocasiones los evidentes anacronismos. Por ejemplo, la ciudad de Dan se menciona en la narración donde Abraham persigue a quienes habían tomado cautivo a su sobrino Lot (14,14), pero debemos llegar al tiempo de los jueces (Jue 18,29) para tener datos más precisos sobre la fundación de dicha ciudad y su santuario. Esto nos exige prestar atención a las dificultades que surgen cuando se intenta precisar una fecha de redacción.

En la actualidad se tiende a dejar de lado, al menos como una necesidad imperiosa, el esfuerzo por fijar la fecha de redacción de los textos individuales, y se manifiesta mayor interés en ubicar en el tiempo la conformación final de la obra, tal como la encontramos en nuestras Biblias actuales. Esta tendencia se justifica por las dificultades técnicas para arribar a conclusiones confiables en el ámbito de la cronología, y también porque en las últimas décadas se privilegia cada vez más la dimen-

sión del texto en su redacción final y definitiva por sobre sus estadios previos.

Ateniéndonos a este criterio, la obra final Génesis se entiende mejor cuando la leemos en el contexto de los períodos exílico y post-exílico. Como veremos en las notas aclaratorias, el horizonte de la diáspora, la carencia de la tierra y la promesa del reencuentro de los dispersados en la tierra de Israel es uno de los ejes centrales sobre los que hay que leer buena parte de los textos. La narración en 11,1-9 de la torre de Babel cobra realismo cuando consideramos la cautividad sufrida en esa tierra como una experiencia contemporánea o reciente del redactor y los oyentes. Del mismo modo, el sucesivo deambular de los patriarcas a través de una Tierra prometida, pero aún no otorgada ni poseída efectivamente, evoca la situación de aquellos que no poseen la tierra, aunque están convencidos de que su Dios se las ha dado en herencia. De acuerdo con este parecer, la redacción del Génesis debe haber comenzado durante el tiempo de cautiverio en Babilonia y se debió consumir en el comienzo de la restauración poco después de la reinauguración del Templo (515 a. C.).

Estructura literaria

En el libro del Génesis distinguimos dos partes: la historia de los orígenes (1-11) y la historia de los patriarcas (12-50). Ambas están relacionadas, y no es conveniente leerlas como obras autónomas, sino como partes de un conjunto más extenso, que es la totalidad del Pentateuco. La primera parte trata de la creación del universo y de cómo este llegó a tener la forma con que se lo veía en aquellos tiempos. Al principio se narra la creación del cielo y de la tierra (una expresión que designa la totalidad del universo), como escenario para el posterior desarrollo de la historia humana; luego la atención se dirige al origen de los hechos culturales que caracterizan la actividad del ser humano y sus conductas personales y sociales. Dentro de los elementos culturales se incluye el origen de las fiestas religiosas (1,14), el arte de cultivar la tierra (2,15), el lenguaje (2,19; 11,9), la vestimenta (3,7,21), el nomadismo (4,20), la música (4,21), la construcción de

herramientas (4,22), la adoración a Dios (4,26) y la existencia de los diversos pueblos (10,32). En lo que respecta a las conductas, se destacan la sexualidad (1,27-28), la desmesura (3,4), la conciencia de la muerte (3,19), el odio y la violencia entre hermanos (4,8), el mal entre las personas (8,5) y el dominio de un pueblo sobre otros (11,4). En estos capítulos se sientan las bases de la realidad sobre la que se irá tejiendo el drama humano.

Los primeros capítulos del Génesis ofrecen una dificultad particular para los lectores modernos. En ellos se afirma, por ejemplo, que Dios creó el mundo en el transcurso de una semana, que modeló al hombre con barro y que de una de sus costillas formó a la mujer. ¿Cómo conciliar estas afirmaciones con la visión del universo que nos da la ciencia contemporánea? Para responder a esta dificultad es preciso establecer una distinción entre la enseñanza que esos relatos bíblicos tratan de comunicarnos y los *medios literarios* que utilizan para hacer accesible esa enseñanza.

El libro comienza con un Preámbulo (1,1-2,3) y luego se suceden diez períodos de la historia, que se extienden hasta el libro de Números. Estos períodos están señalados por las genealogías o la expresión *esta es la historia de...* del siguiente modo:

1,1-2,3 Preámbulo a todo el Pentateuco

- 1.^{er} período: Historia de los cielos y la tierra (2,4-4,26)
- 2.^o período: Historia de Adán (5,1-6,8)
- 3.^{er} período: Historia de Noé (6,9-9,28)
- 4.^o período: Historia de los hijos de Noé (10,1-11,9)
- 5.^o período: Historia de Sem (11,10-11,26)
- 6.^o período: Historia de Téráj (11,27-25,18)
- 7.^o período: Historia de Ismael (25,12-18)
- 8.^o período: Historia de Isaac (25,19-37,1)
- 9.^o período: Historia de Esaú (36,1-37,1)
- 10.^o período: Historia de Jacob (37,2-Nm 3,1)

El Preámbulo narra la creación en un sentido totalizador. Es la gran abertura del texto que se extenderá a lo largo de todo el Pentateuco. Su carácter detallado y cuidadoso supone un ambiente ordenado y jerarquizado propio de las estructuras sacerdotales y de la

liturgia del Templo. No está exento de alusiones a los mitos cosmogónicos de la Mesopotamia, con la intención polémica de señalar importantes diferencias teológicas.

A continuación comienzan los períodos de la historia humana. El *primer período* va desde la creación hasta el comienzo de la invocación del nombre de Yahvé. Como parte integrante de aquella primera época se incluye la desmesura y el asesinato. Luego sobreviene un período de decadencia, donde se detalla la genealogía de Adán hasta Noé. Este período culmina con la inclusión de un texto en sí mismo enigmático (6,1-4), pero transparente en su contexto literario actual, ya que pone de relieve una vez más el aumento de la violencia y la maldad en la tierra. Este aumento se debe a la unión irreverente de unos dioses con mujeres humanas, hecho que determina la voluntad de Dios de reparar esa conducta.

El tercer período relata la acción de Dios destinada a purificar la tierra de la maldad, mediante el exterminio de todo ser viviente a través de una prolongada inundación. Pero al mismo tiempo que se describe esta decisión divina, Dios encarga a Noé que preserve parejas de cada especie de animales para luego volver a repoblar la tierra.

Después de la muerte de Noé se inicia el cuarto período. En él se presenta a la descendencia de los hijos de Noé y cómo a partir de estos tres hijos se vuelve a poblar la tierra en tres grandes grupos humanos. El período finaliza cuando Dios confunde las lenguas de los pueblos, como consecuencia de la pretensión que tienen algunos de erguirse por encima de los demás.

A partir de Gn 11,10 se abre el quinto y último período en la historia de los orígenes, que parte de Sem, el primer hijo de Noé, y llega hasta Téráj, el padre de Abraham. Aquí se advierte fácilmente que el relato, después de narrar el diluvio y de referirse a la división de pueblos y naciones, se centra en la rama de la humanidad que conduce al patriarca Abraham y, por él, al nacimiento del pueblo de Israel.

Al leer estos capítulos, es necesario tener en cuenta la fuerte influencia de la cultura babilónica, con la que debieron enfrentarse los

israelitas durante el tiempo del exilio. Muchos de sus elementos se explican por la necesidad de oponerse a los postulados de una religión que se imponía como normativa a las naciones sojuzgadas. Así, las listas de los patriarcas antediluvianos o la historia de la torre de Babel se entienden mejor si las consideramos en el contexto de los valores y textos provenientes de aquella cultura. Que la narración del diluvio tenga un antecedente en la literatura de la Mesopotamia no es solo un testigo de los intercambios culturales entre los pueblos antiguos, sino más aún de la necesidad de los pueblos sometidos —como es el caso de Israel— de definirse y resignificar de acuerdo con criterios propios los relatos que se le imponían como superiores y verdaderas por la religión del imperio.

En la segunda parte (caps. 12–50) continúan los restantes períodos de la historia donde Ismael, Isaac, Esaú y Jacob son los personajes centrales. Debemos destacar tres elementos que surgen de esta división del texto. En *primer* lugar observar que cuando se anuncia una «historia de...», el personaje ya ha sido presentado, y en el caso de Isaac y de Jacob ya se han contado largas historias sobre ellos. El lector para conocer qué se narra sobre Jacob debe comenzar con la historia de su padre Isaac, y para conocer sobre Isaac debe comenzar con la de su abuelo Térjaj.

Lo *segundo* que merece especial atención es que se han incluido las historias de Ismael y de Esaú dentro de las de Térjaj e Isaac. Son historias breves, en particular la de Ismael, que se limita a su descendencia y a la información sobre su muerte. Ambas historias tienen que ver con dos personajes que en cierto sentido han quedado a la sombra de otros. Ismael es el hijo primogénito de Abraham, pero su madre era una esclava egipcia. Esaú es hijo de Isaac, pero vende su primogenitura y luego es despojado

de la bendición de su padre por un ardid tejido entre su hermano Jacob y su madre Rebeca. El hecho de que estas historias hayan encontrado un lugar en el texto tiene como intención, desde el punto de vista literario, arribar a la suma de diez períodos históricos, para oponer un modelo propio al esquema mesopotámico de organización de la historia. Como mensaje religioso, su inclusión muestra que, a pesar de sus problemas, estos personajes y sus descendencias han sido preservados dentro del plan de Dios.

Lo *tercero* es notar que el ciclo de Jacob comprende la llamada novela o historia de José (37,2–50,26). Sin embargo, el personaje que está detrás de toda la narración es siempre Jacob. Al final, cuando se narran las muertes de ambos, José es enterrado en Egipto a la usanza de aquel país (50,26); Jacob, en cambio, es llevado por sus hijos a Canaán y sepultado junto a Abraham, Sara e Isaac en la cueva de Macpelá (50,12–13). También es necesario señalar que al menos desde el punto de vista literario la historia de Jacob se prolonga hasta Nm 3,1, para sugerir que los hechos de Egipto y el desierto (esclavitud, liberación y entrega de la ley en el Sinaí) son parte de un mismo período, y que el nuevo período histórico continúa con la descendencia de Aarón, el sacerdote y levita.

En conclusión, la historia de los patriarcas desarrolla los hechos desde la vocación de Abraham hasta la instalación de los hebreos en Egipto. Pero la narración no se detiene al final del Génesis, sino que se prolonga hasta la entrega de la ley en el Sinaí. En un sentido estricto, con el relato de la muerte de Jacob se abre la puerta para la etapa siguiente, que comenzará con la estadía de sus descendientes en Egipto y con la opresión ejercida por un nuevo faraón, tal como la relata el libro del Éxodo.

GÉNESIS

LOS ORÍGENES DEL UNIVERSO Y DE LA HUMANIDAD

LA CREACIÓN DEL UNIVERSO

1 Al principio Dios creó el cielo y la tierra. ²La tierra era algo informe y vacío, las tinieblas cubrían el abismo, y el soplo de Dios aleteaba sobre las aguas.

³Y Dios dijo: «Que haya luz». Y hubo luz. ⁴Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; ⁵y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el primer día.

⁶Dios dijo: «Que haya un firmamento en medio de las aguas, para que establezca una separación entre ellas». Y así sucedió. ⁷Dios hizo el firmamento, y este separó las aguas que están debajo de él, de las que están encima de él; ⁸y Dios llamó Cielo al firmamento. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el segundo día.

⁹Dios dijo: «Que se reúnan en un solo lugar las aguas que están bajo el cielo, y que aparezca el suelo firme». Y así sucedió. ¹⁰Dios llamó Tierra al suelo firme y Mar al conjunto de las aguas. Y Dios vio que esto era bueno. ¹¹Y dijo: «Que la tierra produzca vegetales, hierbas que den semilla y árboles frutales, que den sobre la tierra frutos de su misma especie con su semilla dentro». Y así sucedió. ¹²La tierra hizo brotar vegetales, hierba que da semilla según su especie y árboles que dan fruto de su misma especie con su semilla dentro. Y Dios vio que esto era bueno. ¹³Así hubo una tarde y una mañana: este fue el tercer día.

¹⁴Dios dijo: «Que haya astros en el firmamento del cielo para distinguir el día de

1-2,3. Este relato es el preámbulo al Pentateuco y tiene como función establecer el escenario de la historia humana que se narrará a partir de 2,4. Es el texto por excelencia de la acción creadora de Dios, hacedor único y por propia voluntad de cada aspecto de la realidad. El comienzo describe la creación como una materia informe y sin orden —el caos primordial— sobre el que Dios actúa, mientras que, al finalizar el relato, Dios descansa como soberano sobre su creación. Se ha operado la transición de una situación de vacío y desorden a otra nueva, generada por Dios mismo, en que la realidad está constituida y ordenada: la pareja humana habita en la tierra; las plantas y los animales tienen sus propias leyes, modos de vida y reproducción. Y el Creador contempla y bendice su obra, al fin dejada en manos del ser humano para que viva y disfrute de ella.

1. También puede traducirse *En un principio, cuando Dios creó...*

2. Es la idea de un desorden original, una forma primordial de caos, que la acción de Dios ordena con el poder de su palabra para convertirla en un mundo pleno de sentido. La palabra *abismo* describe el vacío absoluto anterior a la creación. *El soplo de Dios aleteaba sobre las aguas:* Este pasaje puede entenderse de varias maneras, porque la palabra hebrea habitualmente traducida por *espíritu* puede significar tam-

bién «viento», «soplo» o «aliento», según el contexto. Aplicado a los animales y a las personas, designa al aliento, signo de la existencia de vida en el cuerpo. Otros prefieren traducir: *el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.*

3. La creación se produce por el poder de la palabra de Dios, que es capaz de llamar a la existencia lo que antes no existía (cf. Rom 4,17). Como las palabras son signos provistos de un significado, las obras creadas por Dios tienen un sentido y no son la simple emanación de una fuerza caprichosa o irracional. En virtud de la palabra creadora, el orden del universo expresa el designio de un Creador trascendente.

4. La expresión *buena* también lleva en este caso el sentido de «hermosa». Se trata de una expresión que incluye el aspecto estético, con sus componentes de equilibrio y belleza. En este capítulo este estribillo se repetirá siete veces (vv. 4.10.12.18.21.25 y 31).

7. De acuerdo con la visión del universo que se tenía antiguamente, el agua era el elemento principal que se encontraba arriba en los cielos (cf. Gn 7,11) y debajo de la tierra (cf. Sal 24,2).

14. Los astros celestes regularán tanto el calendario agrícola como el de las fiestas litúrgicas (cf. Lv 23).

≈ **1,1-2,4a.** 2,4b-25; Job 38-39; Sal 8; 104; Eclo 43; Prov 8,22-31

la noche; que ellos señalen las fiestas, los días y los años, ¹⁵y que estén como lámparas en el firmamento del cielo para iluminar la tierra». Y así sucedió. ¹⁶Dios hizo los dos grandes astros —el astro mayor para presidir el día y el menor para presidir la noche, y también hizo las estrellas. ¹⁷Y los puso en el firmamento del cielo para iluminar la tierra, ¹⁸para presidir el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y Dios vio que esto era bueno. ¹⁹Así hubo una tarde y una mañana: este fue el cuarto día.

²⁰Dios dijo: «Que las aguas se llenen de una multitud de seres vivientes y que vuelen pájaros sobre la tierra, por el firmamento del cielo». ²¹Dios creó los grandes monstruos marinos, los seres vivientes que llenan las aguas deslizándose en ellas y todas las especies de animales con alas. Y Dios vio que esto era bueno. ²²Y los bendijo, diciéndoles: «Sean fecundos y multiplíquense; llenen las aguas de los mares y que las aves se multipliquen sobre la tierra». ²³Así hubo una tarde y una mañana: este fue el quinto día.

²⁴Dios dijo: «Que la tierra produzca seres vivientes: ganado, reptiles y animales salvajes de toda especie». Y así sucedió. ²⁵Dios hizo las diversas clases de animales del

campo, las diversas clases de ganado y todos los reptiles de la tierra, cualquiera sea su especie. Y Dios vio que esto era bueno.

²⁶Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza; y que le estén sometidos los peces del mar y las aves del cielo, el ganado, las fieras de la tierra, y todos los animales que se arrastran por el suelo».

²⁷Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer.

²⁸Y los bendijo, diciéndoles: «Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra». ²⁹Y dijo: «Yo les doy todas las plantas que producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos con semilla: ellos les servirán de alimento. ³⁰Y a todas las bestias de la tierra, a todos los pájaros del cielo y a todos los vivientes que se arrastran por el suelo, les doy como alimento el pasto verde». Y así sucedió. ³¹Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Así

16. El texto omite mencionar por su nombre al sol y la luna, porque estos eran tenidos por divinidades en las religiones de Canaán y su sola mención implicaba invocarlos. Otros textos, en cambio, los mencionarán sin problemas (cf., p. ej., Sal 72,5; 74,16; 136,7-9).

26. *Hagamos al hombre*: El término *hombre* corresponde a la palabra hebrea *adam*, que tiene un significado genérico y designa a toda la especie humana. El plural es mayestático y expresa la grandeza de Dios (cf. 11,7), o bien deliberativo, dada la importancia de la obra que Dios va a llevar a cabo. También es probable que haya aquí un resabio de los tiempos en que Israel era politeísta, y que el empleo del plural incluyera al conjunto de divinidades menores que asistían a Dios en el gobierno de la tierra. En todo caso, sería un anacronismo ver aquí una referencia al misterio de la Trinidad, cuya revelación estará reservada al Nuevo Testamento.

Mucho se ha especulado sobre el sentido de la imagen de Dios en la figura humana. Se la ha vinculado con la existencia de un alma dotada de inteligencia y voluntad y con la facultad de dominar la tierra. Sin embargo, el texto no parece ir en esas direcciones. La

imagen de Dios que ofrece el texto mismo —la que habría sido impresa en el ser humano— es la de un ser activo y creador, con capacidad para responder libremente a la palabra de Dios y para transformar la realidad y la historia del mundo.

27. *Varón y mujer*: Aquí no se habla de una pareja —«un hombre» y «una mujer», como en los caps. 2 y 3—, sino de toda la especie humana. Es la humanidad como tal la que ha sido creada a imagen de Dios. Por lo tanto, la bipolaridad masculino-femenino es el modo en que ha sido plasmada la humanidad desde el principio, en interdependencia y reciprocidad, solidaridad y comunión. Esta comprensión de lo humano, nada común en el mundo antiguo, indica que el mandato de prolongar la obra creadora de Dios está dirigido a varones y mujeres, en la pluralidad de sus perspectivas y manifestaciones concretas.

29. Al ser humano se le da en primer lugar como alimento los vegetales para evitar sugerir la violencia de la caza de animales en el relato de la creación. Después del diluvio —y en el contexto de la práctica de los sacrificios (8,20)— se ampliará su dieta a la carne (9,3).

hubo una tarde y una mañana: este fue el sexto día.

2 Así fueron terminados el cielo y la tierra, y todos los seres que hay en ellos.

²El séptimo día, Dios concluyó la obra que había hecho, y cesó de hacer la obra que había emprendido. ³Dios bendijo el séptimo día y lo consagró, porque en él cesó de hacer la obra que había creado.

⁴Este fue el origen del cielo y de la tierra cuando fueron creados.

La creación del varón y la mujer

Cuando el Señor Dios hizo la tierra y el cielo, ⁵aún no había ningún arbusto del campo sobre la tierra, ni había brotado ninguna hierba, porque el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra. Tampoco había ningún hombre para cultivar el suelo, ⁶pero un manantial surgía de la tierra y regaba toda la superficie del suelo. ⁷Y el Señor Dios modeló al hombre con arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida. Así el hombre se convirtió en un ser viviente.

⁸El Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había

formado. ⁹Y el Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, que eran atra-yentes para la vista y apetitosos para comer; hizo brotar el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

¹⁰De Edén nace un río que riega el jardín, y desde allí se divide en cuatro brazos. ¹¹El primero se llama Pisón: es el que recorre toda la región de Javilá, donde hay oro. ¹²El oro de esa región es excelente, y en ella hay también bedelio y lapislázuli. ¹³El segundo río se llama Guijón: es el que recorre toda la tierra de Cus. ¹⁴El tercero se llama Tigris: es el que pasa al este de Asur. El cuarto es el Éufrates.

¹⁵El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara. ¹⁶Y le dio esta orden: «Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, ¹⁷pero no comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas morirás».

¹⁸Después dijo el Señor Dios: «No conviene que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada». ¹⁹Y el Señor Dios modeló con arcilla del suelo a todos

2 4-25. Este relato narra la creación de una manera diferente a 1,1-2,3; es un segundo relato de creación que complementa al anterior. El primero sirve de preámbulo, mientras que este establece el comienzo de la historia humana después que fue creado el universo (cf. nota 1,1).

7. El primer acto de Dios es formar de la tierra un ser humano. Hay un juego de palabras entre «hombre» (*adam*) y «tierra» (*adamá*) que vincula al hombre con la tierra. *Sopló en su nariz un aliento de vida*: Este antropomorfismo muestra que la vida, en la Biblia, es vista como un regalo de Dios más que como un fenómeno natural. El espíritu de Dios es la fuente de toda vida, como lo expresa Sal 104,29,30: si Dios envía su aliento, los seres vivientes son creados; si les retira el aliento, vuelven al polvo de la tierra.

8. *Puso allí al hombre*: El hombre es mortal por naturaleza y debe retornar al suelo de donde fue sacado (3,19). Pero Dios, gratuitamente, lo introdujo en el jardín de Edén, símbolo de la amistad divina, y le concedió el acceso al *árbol de la vida*, símbolo de la inmortalidad (v. 9). El mandamiento impuesto por Dios sugiere que la amistad con él y el don de la inmortalidad estaban condicionados por la obediencia libre del hombre a la voluntad divina.

Edén es una palabra relacionada con la idea de fertilidad. Aunque se ha intentado ubicar este jardín en Mesopotamia, en el valle del Jordán o en Jerusalén misma, su locación geográfica es irrelevante para el sentido del relato.

9. El árbol de la vida otorga inmortalidad (3,22) mientras que el del bien y del mal concede conocimiento (3,5,22). El *conocimiento del bien y del mal*, relacionado con este último árbol, no puede ser simplemente el discernimiento moral —prerrogativa que Dios no niega a los seres humanos—, sino la facultad de decidir por sí mismo lo que es bueno y malo, independientemente de Dios. Al desobedecer el mandamiento divino, el ser humano reivindica para sí una autonomía que no se conforma con su condición de criatura y usurpa un privilegio exclusivo de Dios.

13. Los ríos *Pisón* y *Guijón* son desconocidos, aunque la mención del oro y las piedras preciosas parecen indicar la región de Arabia.

19. Los animales son hechos por Dios de la misma tierra que el ser humano (v. 7).

≈ **2,4b-25.** 1,1-2,4a; Dt 11,11-15; Ecl 3,20; 12,7; Sal 104,29-30; Job 34,14-15; 33,4; Ap 22,1-2; 1 Cor 11,8-9; Mt 19,5

los animales del campo y a todos los pájaros del cielo, y los presentó al hombre para ver qué nombre les pondría. Porque cada ser viviente debía tener el nombre que le pusiera el hombre. ²⁰El hombre puso un nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves del cielo y a todos los animales del campo; pero entre ellos no encontró la ayuda adecuada.

²¹El Señor Dios hizo caer sobre el hombre un profundo sueño, y cuando este se durmió, tomó una de sus costillas y cerró con carne el lugar vacío. ²²Luego, con la costilla que había sacado del hombre, el Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. ²³El hombre exclamó:

«¡Esta sí que es hueso de mis huesos
y carne de mi carne!
Se llamará Mujer,
porque ha sido sacada del hombre».

²⁴Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos llegan a ser una sola carne.

²⁵Los dos, el hombre y la mujer, estaban desnudos, pero no sentían vergüenza.

La tentación y el pecado

3 La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que el Se-

ñor Dios había hecho, y dijo a la mujer: «¿Así que Dios les ordenó que no comieran de ningún árbol del jardín?». ²La mujer le respondió: «Podemos comer los frutos de todos los árboles del jardín. ³Pero del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: “No coman de él ni lo toquen, porque de lo contrario morirán”». ⁴La serpiente dijo a la mujer: «No, no morirán. ⁵Dios sabe que cuando ustedes coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y serán como dioses, conocedores del bien y del mal». ⁶Cuando la mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento, tomó de su fruto y comió; luego se lo dio también a su marido, que estaba con ella, y él comió. ⁷Entonces se abrieron los ojos de los dos y descubrieron que estaban desnudos. Y entretejieron hojas de higuera y se hicieron vestimentas.

⁸Al oír la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín, a la hora en que sopla la brisa, se ocultaron de él, entre los árboles del jardín. ⁹Pero el Señor Dios llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?». ¹⁰«Oí tus pasos por el jardín —respondió él—, y tuve miedo porque estaba desnudo. Por eso me escondí». ¹¹Él replicó: «¿Y quién te dijo que estabas desnudo? ¿Acaso has comido

21. En general se traduce por *costilla*, pero el sentido de la palabra hebrea es incierto; también puede significar «costado». La importancia de este detalle consiste en establecer que la mujer ha sido hecha de la misma carne que el varón.

23. *Mujer*: La palabra hebrea que la designa es la forma femenina del término *varón* («varona»), hecho que confirma la identidad humana de uno y otra. La inferioridad social (y a veces física) de la mujer era un hecho aceptado en la antigüedad. El relato bíblico, en cambio, muestra que este hecho no responde a la intención original de Creador, sino que es una imperfección introducida en el mundo por el pecado. La mujer, formada «del» hombre, es su única *ayuda adecuada*; es *hueso de sus huesos y carne de su carne* (2,23). Todas estas imágenes y metáforas sugieren que el varón y la mujer participan de un mismo destino y de una misma condición, y explican la íntima relación que los une y que se funda en el amor y atractivo mutuos.

Esta expresión alude a la unión sexual, pero también a la ruptura con los progenitores a fin de formar un nuevo núcleo familiar.

3 5. En la antigüedad, la serpiente era considerada inmortal porque renovaba su piel cada año. Esa condición le otorgaba un carácter sagrado y una extrema sabiduría y astucia. Al lector de la antigüedad no le asombraba que hable y actúe como un ser humano, ya que reconocía el carácter simbólico de esta narración.

La tentación consiste en ser como dioses y adquirir una sabiduría que solo corresponde a Dios. El pecado, en este caso, está en rechazar las limitaciones de la naturaleza humana y pretender usurpar un atributo divino.

6. La mujer tiene un papel más activo que el varón en este diálogo. El texto la presenta como más inteligente y con iniciativa respecto del varón.

≈ 3,1-24. Ez 28,12-19; Rom 5,12-21

Día	Año A	Año B	Año C
Adviento y Navidad			
<i>1er Adviento</i>	Is 2,1-5	Is 63,16-17.19; 64,2-7	Jr 33,14-16
	Rom 13,11-14a	1 Cor 1,3-9	1 Tes 3,12-4,2
	Mt 24,33-37	Mc 13,33-37	Lc 21,25-28.34-36
<i>2º Adviento</i>	Is 11,1-10	Is 40,1-5.9-11	Bar 5,1-9
	Rom 15,4-9	2 Pe 3,8-14	Flp 1,4-6.8-11
	Mt 3,1-12	Mc 1,1-8	Lc 3,1-6
<i>3er Adviento</i>	Is 35,1-6.10	Is 61,1-2.10-11	Sof 3,14-18a
	Sant 5,7-10	1 Tes 5,16-24	Flp 4,4-7
	Mt 11,2-11	Jn 1,6-8.19-28	Lc 3,10-18
<i>4º Adviento</i>	Is 7,10-14	2 Sm 7,1-5.8b-12.14a.16	Miq 5,1-4a
	Rom 1,1-7	Rom 16,25-27	Heb 10,5-10
	Mt 1,18-24	Lc 1,26-38	Lc 1,39-45
<i>Vigilia Navidad</i>	Is 62,1-5	Is 62,1-5	Is 62,1-5
	Hch 13,16-17.22-25	Hch 13,16-17.22-25	Hch 13,16-17.22-25
	Mt 1,1-25	Mt 1,1-25	Mt 1,1-25
<i>Misa de Gallo</i>	Is 9,1-3.5-6	Is 9,1-3.5-6	Is 9,1-3.5-6
	Tit 2,11-14	Tit 2,11-14	Tit 2,11-14
	Lc 2,1-14	Lc 2,1-14	Lc 2,1-14
<i>Navidad</i>	Is 52,7-10	Is 52,7-10	Is 52,7-10
	Heb 1,1-6	Heb 1,1-6	Heb 1,1-6
	Jn 1,1-18	Jn 1,1-18	Jn 1,1-18
<i>Sagrada Familia</i>	Eclo 3,2-6.12-14	Gn 15,1-6; 21,1-3	1 Sm 1,20-22.24-28
	Col 3,12-21	Heb 11,8.11-12.17-19	1 Jn 3,1-2.21-24
	Mt 2,13-15.19-23	Lc 2,22-40 (22,39-40)	Lc 2,41-52
<i>1 enero</i>	Nm 6,22-27	Nm 6,22-27	Nm 6,22-27
	Gal 4,4-7	Gal 4,4-7	Gal 4,4-7
	Lc 2,16-21	Lc 2,16-21	Lc 2,16-21
<i>2º Navidad</i>	Eclo 24,1-2.8-12	Eclo 24,1-2.8-12	Eclo 24,1-2.8-12
	Ef 1,3-6.15-18	Ef 1,3-6.15-18	Ef 1,3-6.15-18
	Jn 1,1-18 (1-5.9-14)	Jn 1,1-18 (1-5.9-14)	Jn 1,1-18 (1-5.9-14)
<i>Epifanía</i>	Is 60,1-6	Is 60,1-6	Is 60,1-6
	Ef 3,2-3a.5-6	Ef 3,2-3a.5-6	Ef 3,2-3a.5-6
	Mt 2,1-12	Mt 2,1-12	Mt 2,1-12

- 13.700 millones de años: **Big Bang**. Origen del Universo.
- 200.000 a. C.: El **Homo sapiens sapiens** va sustituyendo a las demás especies de *Homo* existentes.
- 100.000 a. C.: Evidencia del Homo sapiens en África oriental y meridional.
- 30.000 a. C.: Primera evidencia de pobladores humanos en **América** (Pedra Furada, Brasil). Primer **arte rupestre** en Francia y en el norte de España (Altamira).
- 7.000 a. C.: **Grandes migraciones**. Se abandona la vida nómada y se pasa al seminomadismo y al sedentarismo.
- 5.000 a. C.: Primeras **civilizaciones** en torno a grandes **ríos**: el Tigris y el Éufrates en Mesopotamia; el Nilo en África; el Indo en la India; el río Amarillo en China.
- 3.500 a. C.: Desarrollo en Asia de la primera **civilización urbana** del mundo (Sumer, Mesopotamia).

- La Biblia, **Palabra de Dios en palabras de hombres** (DV, 12), es historia de salvación. No fue escrita para formar historiadores, ni científicos, sino para conformar un pueblo, el pueblo de Dios.
- La Biblia comienza narrando la **acción creadora de Dios**. El origen y el sustento de todo lo creado está en sus manos. El deterioro de esta bondad de la creación es responsabilidad del ser humano. Debe tomar conciencia y transformar la situación:
 - Restableciendo las relaciones rotas por el pecado (Adán y Eva).
 - Recuperando la fraternidad entre pueblos (Caín y Abel).
 - Propiciando la llegada de una nueva creación (Diluvio).
 - Aceptando su condición de creatura humana y el señorío de Dios (Babel).
- La humanidad necesita de **redención**. La fuerza transformadora de Dios, que siempre toma la iniciativa, hace nacer la esperanza, a pesar del pecado.

■ **ESTA HISTORIA ES NUESTRA HISTORIA**

Dios ha creado al ser humano, varón y mujer, para realizarse en el amor entregado y compartido, a su imagen y semejanza. Un amor así siempre genera vida, facilita el progreso de la humanidad, definiendo el desarrollo de lo creado.

«Y vio Dios que todo era muy bueno»: ¿Cómo voy a implicarme, desde el amor, para que nuestro mundo sea todo lo bueno que Dios quiso?

Algunos escritos de la época

Aún no se ha desarrollado la escritura. La mayoría de los pueblos guardan sus «recuerdos de familia» en forma de **tradiciones orales**, que van enriqueciendo y actualizando con el paso del tiempo.

Algunos escritos bíblicos sobre la época

Génesis 1–11 (narraciones teológicas de diversa índole, compuestas y agregadas muy posteriormente).